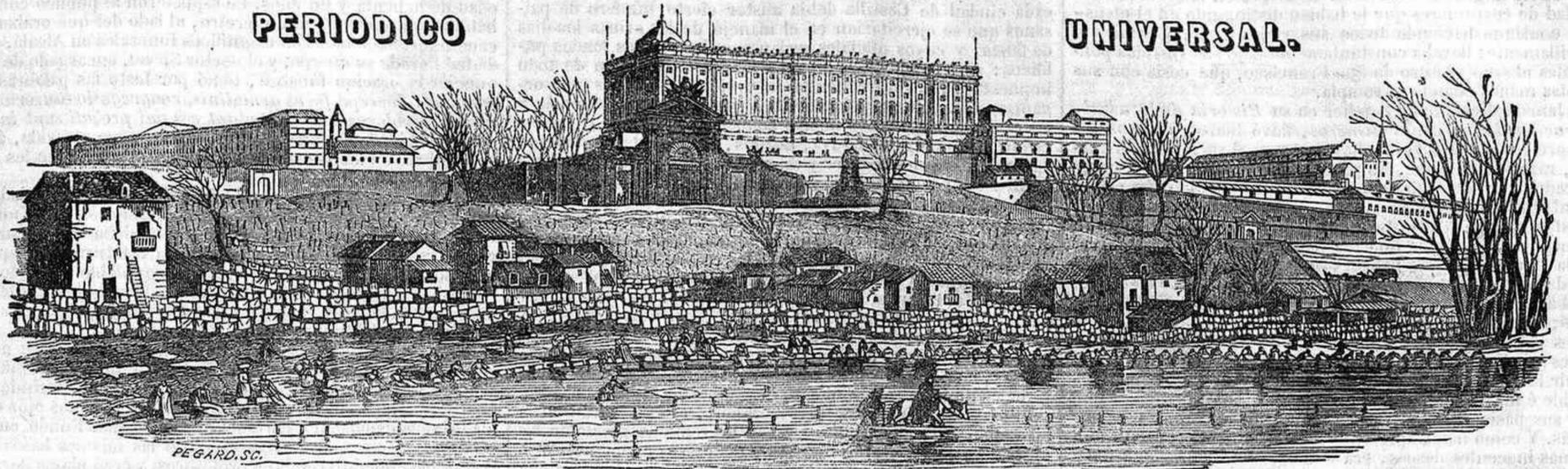


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 35.—SÁBADO 28 DE AGOSTO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION UNIVERSAL.

EUROPA.

Preciso es en fin hablar de la figura que ha hecho en el Palacio de Cristal el grupo de naciones que hemos designado con el nombre colectivo de la civilización occidental; ese es el conjunto de los pueblos cristianos, la Europa y la América reuniendo todos los ensayos practicados en todas las partes del mundo, y que se encuentran en el Cabo de Buena Esperanza, en Australia, en Java y en otros veinte archipiélagos. En ellas reside hoy incontestablemente el poder del género humano. Hoy conservan en sus manos el imperio del mundo, y en las mismas tienen depositado su porvenir.

La justa en la Exposición de Londres se ha celebrado entre las naciones de este grupo; casi solo entre ellas ha tenido el jurado que distribuir las recompensas debidas a la superioridad adquirida, y proclamar los nombres de los vencedores. Las demás naciones solo han podido obtener estímulos, aunque es preciso convenir en que han faltado al concurso universal algunas condiciones para que fuese verdaderamente significativo. Algunas naciones del mundo universal no pudieron hacerse representar convenientemente, y en otras se negaron a concurrir a la gran feria los jefes de las ramas más importantes de la industria. Así que, por una mala inteligencia acerca de la época prescrita rigurosamente para la remesa de los productos, los dos reinos de la península Scandinava solo han tenido en el palacio de la Exposición una representación muy limitada, y por lo tanto insuficiente, de sus adelantos, particularmente en los hierros, cuya calidad ha sido hasta hoy incomparable para la fabricación de los aceros. El retardo acostumbrado de la apertura del Báltico impidió también a la Rusia comparecer; pero al fin pudo conseguir la envidiable ventaja de presentarse al examen público.

Preténdese que el gobierno napolitano prohibió a sus súbditos tomar parte en la Exposición. El hecho es que en vano se buscaban los productos del riquísimo suelo de las Dos-Sicilias. En cuanto a los Estados-Unidos, parece que la mayor parte de los jefes de la industria se disgustaron al saber que en Londres se preparaba tan solemne concurso. El espacio considerable que se había reservado a aquella nación tan emprendedora, tan activa y tan ingeniosa, se llenó de una manera muy incompleta. Otros estados manifestaron no poca frialdad, como por ejemplo, la España, pues apenas llegaron a figurar en Hyde-Park las manufacturas de Cataluña, que son las principales de la Península. Tampoco quisieron remitir sus obras las cristalerías de Baccarat y de San Luis, que son las mejores del mundo, y lo mismo hicieron las fábricas de espejos de San Gobain y de San Quirino, que pueden contarse como las primeras de su clase, a pesar de que les hubiera costado muy poco presentar a la vista del público magníficas muestras, pues cuentan con un gran depósito en Londres.

Sus buenos maestros de fundición, sus marmolistas y la mayor parte de sus constructores mecánicos siguieron tan pernicioso ejemplo. Esto no obstante, la casa Cail, de París, la de Andres Kœchlin, de Mulhouse y aun algunas otras, sostienen dignamente el honor de la mecánica francesa.

También en los tejidos de lana de la misma nación se notaban algunos vacíos de consideración, y por lo tanto muy sensibles, y los fabricantes de productos químicos por su parte se creyeron dispensados de responder al llamamiento para el concurso universal. Alguno

nos fabricantes de tejidos de lino, precisamente los más afamados, se encerraron asimismo en sus tiendas, intratables como Aquiles en su cólera, en lugar de comparecer en la liza, donde les esperaba la victoria. Sin embargo, y sin desplegar tan completamente la Inglaterra sus recursos, todas las naciones manufactureras de Europa presentaron en Londres producciones que permitieron apreciar con justicia sus adelantos.

Después de haber inspeccionado, en el palacio de la Exposición, los productos de las diferentes regiones de la civilización occidental, ocurre, de grado ó de fuerza, el pensamiento de que todos esos pueblos diversos tienen el mismo talento creador. Si la casualidad nos liciese, por ejemplo, atravesar sucesivamente y en un espacio breve los salones de París, de Londres, de Berlín, de Viena, de San Petersburgo y de Roma, sin contar los de Dresde, Munich, Turin, Stocolmo y Madrid, se apoderaría de nuestro espíritu la misma reflexión; reconoceríamos en todos ellos la misma familia.

El estado de la industria en las naciones de Occidente presenta una revelación brillante de esta semejanza. Efectivamente, entre esas naciones siempre se ven los mismos aparatos y los mismos procedimientos derivándose de las mismas teorías. Se evidencia pues que por lo que hace a la industria, no existe misterio posible entre las naciones europeas. Todas poseen recíprocamente la llave de sus operaciones industriales, como la de sus combinaciones políticas, porque todas se mueven en la misma esfera de sentimientos y de ideas. Puede asegurarse que cuanto intenten en industria un alemán ó un francés, lo ejecutarán igualmente los ingleses si se empeñan en ello. Anúnciese un descubrimiento en el condado de Lancáster ó en el fondo de la Escocia, y al punto se apoderarán de ella los franceses, los alemanes ó los americanos. Esto se ve todos los días en todas las clases de descubrimientos. Así como M. Nasmith el inglés y Mr. Bourdon el francés se dicen, cada uno de ellos, inventores del martinete; así como veinte drogas tintoriales y cincuenta procedimientos químicos han dado origen a contestaciones semejantes, así también en la ciencia pura se suele disputar frecuentemente la gloria de haber concebido una idea útil, grande y provechosa.

En nuestro próximo artículo proseguiremos este examen analítico del origen de la industria en los pueblos civilizados.

EL CARDEVAL CISNEROS.

(Continuacion.)

Hemos echado una rápida ojeada sobre el estado de la España a fines del siglo XV y principios del XVI, en el momento en que el cardenal Cisneros fué llamado a secundar los esfuerzos del rey Fernando, y a sustituir una administración vigorosa al desorden y a la anarquía, a las pretensiones y revueltas de los nobles, de las asambleas y de los partidos. Esta tarea era tanto más difícil, cuanto que el rey Fernando estaba celoso de su autoridad: no tenía inclinación a su ministro, cuyos grandes talentos, austera vida y notable energía, eran únicamente las que habían podido elevarle al arzobispado de Toledo. Fernando no se parecía al débil Luis XIII, y Cisneros no había podido representar impunemente la hipócrita comedia del Louvre. Era pues preciso que el ministro, así como el príncipe, tuviesen ese talento elevado, esa fuerza de alma y desinterés, que resultan de la conciencia de la gran misión que hay que cumplir.

Francisco Jimenez de Cisneros nació, como hemos dicho, en 1437, siendo su padre Alfonso Jimenez de Cisneros, procurador en la jurisdicción de Torrelaguna. En el libro titulado: *Elogios históricos de los cardenales ilustres*, dice el padre Enrique Albi, «que era de la familia de Cisneros, noble en el país de Villaizas, en España, de buen natural y de un talento cuyos destellos empezaron a brillar desde su más tierna infancia, que hacían ya conjeturar su futura grandeza. Su padre, que descubría las riquezas de este ingenio, se esforzó, no obstante su mala situación, a hacerle estudiar en las primeras academias, primero en Alcalá, donde concluyó los estudios de gramática y elocuencia, y después en Salamanca, donde estudió el derecho civil y canónico; y empezó incontinenti a enseñar él mismo en lecciones privadas, para atender a su mantenimiento con lo que producían, y tener medio de continuar en el estudio de la teología y sagradas letras, que acabaron de perfeccionar su ingenio y hacerle capaz de toda clase de empleos, dignos de un hombre bien nacido.»

Los primeros años de Cisneros fueron sumamente laboriosos; fué a Roma, y debió a un amigo generoso el no hacer el camino a pié y mendigando. En la ciudad eterna se agregó a los tribunales eclesiásticos, donde defendió los negocios de sus compatriotas. Su elocuencia le hizo sobresalir, y salió de Roma, trayendo una bula para la primera prebenda vacante. Cuando le pareció que había llegado el momento favorable para hacer valer sus derechos, se encontró en presencia de uno de los favorecidos del arzobispo de Toledo, y como se quejase con altanería de la injusticia de que era víctima, fué encerrado, por orden de aquel poderoso prelado, en la torre de Uceda, donde, según dice una crónica, le predijo un sacerdote, preso hacía mucho tiempo, una buena suerte.

Pasó dos años en esta prisión de Estado, ocupándose de letras y ciencias, y echando una ojeada profunda sobre los negocios de Estado, que más tarde debía dirigir. A su salida de la torre de Uceda fué nombrado canónigo de la catedral de Sigüenza: después el cardenal Mendoza, que había concebido alta estimación hacía él por su carácter y por su talento, le nombró su vicario general. Poco después, disgustado de un mundo donde se sentía encadenado, entró en un monasterio de hermanos observantes de San Francisco, una de las órdenes más rígidas de la iglesia romana.

No se presentó en Madrid hasta que la reina Isabel de Castilla le



Porcelanas de Sevres.

nombró su confesor, y le presentó sin saberlo él en el arzobispado de Toledo, que tenía inmensas rentas, y un poder casi igual al de los reyes de España. Mas tarde, Julio II le envió el capelo, y el rey Fernando le confió la administración de los negocios del Estado. Conservó en la corte la austeridad de costumbres que le habían distinguido en el claustro; continuó haciendo todos sus viajes a pie, y comiendo sencillamente: llevaba constantemente bajo sus vestidos pontificales el saco grosero de San Francisco, que cosía con sus propias manos cuando se rompía.

«Jamás, dice Michel Bandier en su *Historia de la administración del cardenal Cisneros*, llevó lienzo; se acostaba siempre con su hábito, muchas veces en el suelo, ó sobre tablas, rara vez en cama. No probaba ninguno de los manjares delicados que se servían en su mesa, y se contentaba con el frugal alimento que prescribía la regla de su orden. A pesar de estas singularidades tenía un profundo conocimiento de los negocios; y desde que fué llamado á la administración, por la alta opinión que habían formado de él Fernando é Isabel, desplegó talentos que hicieron la reputación de su genio, igual á la de su piedad. Todas sus miras eran nuevas y atrevidas; su conducta política participaba de las virtudes y defectos de su carácter; su vasto genio adoptaba magníficos planes, y el sentimiento de sus buenas intenciones le hacía seguir la ejecución de sus proyectos con una constancia inflexible é infatigable. Acostumbrado desde su infancia á domar sus pasiones, tenía poca indulgencia para las de los demás. Y como había aprendido de su religión á reprimir aun los mas inocentes deseos, era enemigo de todo lo que tenía apariencia de placer. Sin ser acusado de crueldad, usó siempre de una rudeza é inflexibilidad de carácter que pertenecían al estado monástico, y que apenas se podía concebir en un país en que este género de vida era desconocido.»

Después de la muerte de Isabel, Fernando se encontró con la oposición de los nobles del reino, que se declararon en favor de su yerno Felipe de Austria. Las cortes, convocadas en Valladolid, reconocieron unánimemente á Juana y Felipe por reyes de Castilla, y á su hijo Carlos por príncipe de Asturias. Pero Felipe no debía gozar mucho tiempo del título de rey de Castilla, al que aspiraba por todas las intrigas de su ministro y favorito Juan Manuel; una fiebre, ocasionada por sus excesos, le acabó á la edad de veintiocho años, después de tres meses de reinado.

Segun la relacion de Mariana, se encontraba Juana por esta muerte única dueña de Castilla; pero este golpe inesperado acabó de trastornar su razon, ya debilitada, y la hizo incapaz de gobernar. Ni las súplicas ni las instancias pudieron conseguir el separarla un instante del lado de su esposo durante su enfermedad, aunque estaba en el sexto mes de su embarazo; sin embargo cuando espiró no derramó ni una lágrima, ni exhaló un suspiro: su dolor era mudo. Continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma atención, la misma ternura y el mismo cuidado que si viviera. Después que le enterraron le mandó sacar de la tumba y le llevó á su misma habitación, donde le colocó en un féretro magníficamente vestido; y como había oído contar á un monje la historia de un rey, que resucitó catorce años después de su muerte, tenía los ojos constantemente fijos sobre aquel cuerpo inanimado, esperando el feliz momento en que volviera á la vida. Para colmo de desvarío, tenía celos de su marido muerto, como los había tenido cuando vivía, y no permitía que entraran en aquella habitación las mugeres que no eran de su servidumbre; y llevaba esta manía hasta tal extremo, que no quiso que entrara allí una comadre, aunque la habían buscado bastante anciana, y dió á luz á la princesa Catalina sin mas asistencia que la de sus criadas.

La muerte de Felipe y la locura de Juana rompieron la liga de los nobles y de los estados de Castilla contra Fernando: era necesario atender al gobierno del reino por el nombramiento de un regente; se formaron dos partidos, uno en favor del rey de Aragon y el otro en favor de Maximiliano. Entonces fué cuando Cisneros desplegó la mayor actividad y la mas consumada habilidad para ganar partidarios al rey; compró á los unos, lisonjeó á los otros, y representó á todos que Castilla no podía ser gobernada sino por un príncipe, «á quien una larga experiencia hubiese enseñado á conocer los verdaderos intereses del reino;» y consiguió al fin, á pesar de todas las intrigas, que se diera la regencia á Fernando. Inspirado por Cisneros, el rey gobernó con prudencia, sosegó las turbaciones, barrenó y disminuyó lentamente los privilegios de los nobles, aumentó el tesoro, y preparó esa unidad, esa fuerza y esa grandeza que mas tarde hicieron de Carlos V el primer monarca de Europa.

En este mismo tiempo Cisneros, que había desplegado un ardor extraordinario contra los últimos moros de España, llevó la guerra á Africa y se apoderó de Orán, después de haber tomado él mismo á la cabeza del ejército la fortaleza de Mers-el-Kébir. Pagó los gastos de esta expedición de las rentas de su arzobispado; así es que á su vuelta á España su viaje hasta Madrid fué un verdadero triunfo; los paisanos se apresuraban á colocarse en el camino para verle pasar, y los grandes le escoltaban como si trataran al mismo rey.

Fernando murió el 23 de enero de 1516: por su testamento declaró á Carlos, que entonces tenía diez y seis años, único heredero de sus estados, y nombró á Cisneros regente del reino. El cardenal tocaba ya en los ochenta años; pero su espíritu no había perdido nada de su vigor. Resolvió hacer reconocer al momento á Carlos como rey de Castilla y Aragon, y convocó á los nobles de los dos reinos, que insistieron con vivacidad en los derechos de Juana, que todavía vivía, y en el juramento de fidelidad que les unía á esta princesa. «Entonces, dice Roberston, Cisneros interrumpió bruscamente la deliberación, y con un tono firme é imponente que le era natural, les dijo que se habían reunido, no para discutir, sino para obedecer, y que su soberano les pedia sumisión y no consejos. Hoy mismo, añadió, será proclamado en Madrid D. Carlos como rey de Castilla, y las demás ciudades seguirán su ejemplo. El cardenal dió al momento las órdenes oportunas para ello, y á pesar de la novedad y del descontento de muchos grandes del reino, el título de Carlos fué universalmente recibido.»

Siguió entonces con mas libertad el designio de toda su vida política, y sin miedo y sin duda resolvió suprimir una parte de los privilegios de los nobles, que miraba como usur-

paciones á la corona. Atacó, sobre todo, uno de estos privilegios, el mas antiguo, el que disfrutaba la nobleza mas esencialmente, aquel por cuyo medio había limitado y aun subordinado la autoridad real, el mando de las tropas queremos decir. Para conseguir este fin publicó un decreto, segun el cual cada ciudad de Castilla debía alistarse cierto número de paisanos que se ejercitarían en el manejo de las armas los dias de fiesta, y cuyos oficiales serían pagados por los fondos públicos: prometió á los simples soldados la exención de todo impuesto. Pretestó frecuentes incursiones de moros para organizar esta milicia permanente y justificar su existencia á los ojos del pueblo. Los nobles conocieron el golpe y protestaron: por instigación suya, Burgos, Valladolid y otras ciudades rehusaron obedecer y se sublevaron. Se le dejó al rey en Bruselas; se apeló á los consejeros flamencos, colocados al lado de Cisneros, para vigilarle; todas las intrigas se deshicieron; el cardenal se mostró inexorable, y empleando, ya la amenaza, ya el castigo, aquí la fuerza, allí la complacencia, consiguió vencer la resistencia de las ciudades rebeldes. Bien pronto suprimió las pensiones concedidas á los nobles en el reinado de Fernando, y reunió á la corona las tierras que había enajenado para pagar sus servicios. Estos actos, así como su severa economía, le permitieron pagar las deudas del rey, crear vastos depósitos de artillería y armas, levantar fortalezas, enviar á Flandes sumas considerables, y emprender trabajos de intereses públicos, desconocidos antes de él.

Semejante rigor, esa perseverancia, esa prontitud en la ejecución, esa inflexibilidad y ese supremo desprecio de los obstáculos le suscitaron muchos y poderosos enemigos.

«La nobleza, dice el historiador de Carlos V, alarmada con tan repetidas empresas, sintió la necesidad de tomar precauciones por su propia seguridad; se formaron muchas cabalas; se oyeron quejas en todas partes; algunos nobles tomaron las mas violentas resoluciones; pero antes de llegar al último extremo nombraron á algunos de su seno, para examinar los poderes en virtud de los que Cisneros ejercía semejantes actos de autoridad. El almirante de Castilla, el duque del Infantado y el conde de Benavente fueron encargados de esta comisión: se presentaron al cardenal, que los recibió con fria urbanidad, y no respondió á su pregunta mas que apelando al testamento de Fernando, que le declaraba regente, y á la ratificación de ese testamento por el mismo Carlos. Atacaron la validez de estos dos documentos, y el cardenal la defendió: como llegase á acalorarse la cuestión, los llevó insensiblemente hácia un balcon, desde donde se descubría un cuerpo considerable de tropas y un formidable tren de artillería. Enseñándolos Cisneros á los diputados, les dijo entonces levantando la voz: «Hé aquí los poderes que he recibido; con este socorro gobierno á Castilla, y la gobernaré hasta que el rey vuestro señor y el mio venga á tomar posesión de su reino.»

Una declaración tan arrogante y atrevida impuso silencio á los diputados y asombró á su partido. Tomar las armas contra un hombre que había previsto el peligro y se había preparado á la defensa, era una resolución desesperada; una confederación general contra la administración del cardenal no era mas practicable; así es que á escepcion de algunos ligeros movimientos, escitados por el resentimiento particular de algunos nobles, la tranquilidad de Castilla no recibió ningun ataque.

Adriano de Utrecht participaba con Cisneros el título de regente; pero conoció bien pronto que era domipado por el genio del cardenal, y que su parecer no servía de nada en los consejos de regencia. Entonces se le agregó á Lachan, caballero flamenco de inteligencia y rectitud, y á Armerstoff, noble holandés de un carácter firme; pero el cardenal los mantuvo separados, como había hecho con Adriano, y continuó dirigiendo solo los negocios. Su energía y su actividad bastaban á todos los obstáculos y á todas las complicaciones; se le encontraba siempre sobre la brecha del gobierno, por decirlo así, haciendo frente resueltamente á todas las dificultades, sin descansar un momento, aumentando la autoridad real, y añadiendo cada dia alguna cosa á la paz pública. Combatía al mismo tiempo con la mayor libertad la influencia que el joven rey dejaba tomar á sus ministros flamencos, y les instaba para que viniesen á España á conocer sus pueblos y su gobierno. Carlos cedió al fin; dejó á Bruselas, y después de un largo y peligroso viaje, su flota, obligada por un viento contrario, llegó á un pueblecillo cerca de Villaviciosa, en la costa de Asturias. Los habitantes, creyendo que eran enemigos, corrieron á las armas; pero los de la comitiva del rey fueron hácia ellos, les hablaron su idioma y les enseñaron el estandarte de Castilla y Aragon. La noticia de la llegada de Carlos corrió con la rapidez del rayo, y á pesar de la dificultad de los caminos bien pronto se vió rodeado de un número considerable de caballeros que le sirvieron de escolta.

El cardenal Cisneros iba también á presentarse al joven rey, cuando cerca de Aranda, en un convento de la orden de San Francisco, donde se había detenido para pasar la noche, se vió atacado de una violenta fiebre: al pronto se creyó que le habían envenenado; pero al dia siguiente cedió el mal, le pusieron en una litera y le llevaron á Roa, donde iban á ser convocadas las cortes. La vida política del Cardenal iba á acabar; sus enemigos, dueños del ánimo del monarca de diez y ocho años, le persuadieron fácilmente que había llegado el momento que se retirara este gran hombre de Estado, agobiado por las enfermedades, y cargado de años. Le representaron que Cisneros, de un carácter altanero, habituado al mando y dirección de negocios, no le permitiría gobernar, y que solo había venido á España para desempeñar un papel secundario. Es preciso decir, haciendo justicia á Carlos, que dudó, que comprendió un momento que se iba á ver privado de un gran talento y extraordinaria virtud y gran influencia; pero cedió, y casi dictándole Chiernes, su mas íntimo consejero, que le había educado, escribió al cardenal, «que creía que ya debía descansar, y que debía acabar el resto de sus dias tranquilamente en su arzobispado; que lo que tanto y tan útilmente había trabajado en beneficio de la monarquía, solo Dios podía recompensárselo; que él se acordaría toda su vida, y le honraria como un hijo honra á su padre.»

Algunos historiadores han atribuido la muerte de Cisneros á su desgracia: otros por el contrario afirman, que estando ya en la agonía el cardenal cuando llegó la carta del rey, quedó esta cerrada. Cuando le abandonaban las fuerzas dictó una

carta para el rey recomendándole su casa, y los colegios y monasterios que había fundado: no pudo firmarla.

El cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, primado de las Españas, inquisidor general, gran canciller de Castilla, murió en una aldea á las puertas de Valladolid á la edad de ochenta y un años. Le espusieron al público con sus hábitos pontificales, en un féretro, al lado del que oraban los canónigos. Se le hicieron magníficos funerales en Alcalá, donde fué llevado su cuerpo, y el doctor Sirvel, encargado de pronunciar la oración fúnebre, tomó por texto las palabras del Salmista: *Increpa feras arundinis; congregatio laurorum in vallis populorum, ut exoludant eos qui probati sunt in argento*; haciendo así una alusión oscura, pero atrevida, á las costumbres de los flamencos que se enriquecían con los despojos de España.

Segun el retrato de él que han dejado los historiadores españoles y que Flechier ha recogido, Cisneros tenía un exterior noble y una fisonomía que anunciaba la sabiduría y grandeza de su ánimo. Era de elevada estatura, de aspecto imponente; su andar grave, su voz agradable y fuerte, su rostro un poco largo y lleno de majestad, sus ojos pequeños, un poco hundidos, pero vivos y llenos de fuego, su nariz aguileña y su frente ancha y sin arrugas aun en su vejez.

Además de esos trabajos políticos que inscriben su nombre entre los grandes hombres de Estado que ha producido la Iglesia, Cisneros fundó una multitud de establecimientos ilustres y útiles, y por esto sobre todo prueba á los ojos de la historia, la estension y elevación de su ánimo. Fundó en Alcalá de Henares una universidad bajo las mismas bases que la de París, nombró célebres profesores, y creó plazas para los estudiantes pobres. Su atención se fijaba sobre todas las cosas; aumentó el número de hospitales, hizo construir caminos y abrir canales, y su solicitud le llevó hasta el extremo de hacer estudiar el sistema de irrigación, cuya huella habían dejado los moros en el reino de Valencia.

Su celo por la religion se resentía de la época en que vivió, de su autoridad, y de su ignorancia de las debilidades mundanas. Este celo inflexible se desplegó contra los moros, á quienes se acababa de convertir con la espada cuando no bastaba la palabra; contra los judíos, á quienes el oro ofrecido á los ministros flamencos, pudo salvar de las prisiones y torturas del Santo Oficio. También se desplegó contra los monasterios, donde restableció la regla, y donde, como dice un contemporáneo, echó el espíritu del diablo. Todas estas cosas se unían en su ánimo; la fé, la regla y la autoridad; porque era una época en que había que crear y hacerlo todo: las cosas morales como las físicas, el orden en el gobierno, la subordinación en las clases, el respecto en el pueblo, el espíritu de perseverancia en las resoluciones. De este caos hizo salir Cisneros la luz, y de esa confusión de pretensiones y usurpaciones, de turbaciones, de exacciones y desórdenes, hizo salir un estado de cosas regular; con estos materiales dispersos levantó un edificio imponente y sólido; con estos restos de provincias y reinos formó la España; de esas constituciones feudales compuso una formidable monarquía.

Richelieu acabó en Francia lo que se había empezado antes de él por la política de Luis XI; Cisneros emprendió la obra toda entera y la condujo resueltamente, á través de todos los obstáculos, en medio de la lucha y de la guerra, sin dejarse distraer jamás por consideraciones humanas; la gloria de este nombre y de este hombre es haber marchado al objeto que se propuso con paso firme y corazón inflexible; haber vencido á la vez á los moros que amenazaban el territorio y la fé, á los nobles que tenían á la monarquía en tutela, y á las ciudades que la contrariaban; haber vivido en una sencillez casi ascética; en medio de tesoros, haber rehusado siempre traer á su familia al círculo brillante de poder de que disponía, y no haber usado jamás de ese poder sino en beneficio y para la grandeza del país.

(Continuará.)

BIOGRAFIA ESTRANJERA.

BOILEAU DESPREUX.

Gil Boileau, escribano del alto tribunal del parlamento de París, y padre del poeta tan célebre de este apellido, descendía en linea recta de *Estéban Boileaux, Boileau, ó Boilevsve*, preboste de la ciudad de París en el siglo XIII.

Gozaba este magistrado tal reputación de probidad y sabiduría, que cuando Luis IX, rey de los pocos que han sido santos y buenos, trató en 1258 de regularizar las funciones del preboste de París, buscó por toda la Francia, segun dice Joinville, un hombre honrado y justiciero; y el que mas le satisfizo fué *Estéban Boileaux*, que fué por consiguiente nombrado por el rey gran preboste de París.

Razon tuvo Boileau para estar en vida orgulloso de su descendencia, y para acreditarla con lo que entre nosotros se llama *limpieza de sangre*. (Véase la *Carta á Brossete* de 9 de mayo de 1699.) Nadie mejor que el autor de la *Sátira contra la nobleza* (1) podía apreciar el valor de la legítima, de aquella que ha sido recompensa de la virtud ó de grandes sacrificios hechos á la patria.

No era el padre de Boileau menos distinguido en la corte por su probidad que por su claro talento; por lo cual se comprende bien que á pesar de no ser mas que mediana su fortuna, se afanase tanto por educar bien á sus hijos (2), que tanto en la Iglesia como en los tribunales, y en la literatura muy en particular, eternizaron el nombre de los Boileaux.

El que estaba destinado á engrandecerla mas que ninguno, dando al propio tiempo inmarcesible gloria al Parnaso francés, y segun dice Vouvenargues, á ser lumbrera de su siglo, Nicolás Boileau, nació el 1.º de noviembre de 1636 en Erosne, población ínfima cercana á Villanueva de San Jorge. Como andan los pareceres acerca de esto tan divididos, como con el pueblo natal de Cervantes en nuestro país, el de Homero en Grecia, y el de Camoëns en Portugal, sin decidir

(1) Véase la edicion completa de sus obras, en un tomo. París, 1845. Bib. Ch.

(2) *Boileau de Puimorin*, hijo de su primera muger, nació en 1625, murió en 1683. *Gil Boileau*, nacido en París en 1651, recibió en la Academia francesa en 1659, murió en 1699. El abad *Jacobo Boileau* muerto en 1716.

nosotros esta cuestion, apuntaremos únicamente como cumple á nuestro plan las opiniones de sus numerosos biógrafos. Un hombre tal pertenece á la Francia entera, que será gloriosa siempre por haberle engendrado.

Volviendo pues al pueblo donde nació Boileau, el que ya tenemos citado es que le da por cuna L. Racine (hijo del célebre poeta trágico de este nombre), y aun añade que nació Nicolás en la misma habitacion que habia ocupado Jacobo Gillot, uno de los autores de la célebre *Sátira Menipea*. Esto tampoco está suficientemente aclarado, y la única prueba en que podría fundarse L. Racine es el segundo apellido de nuestro poeta (Despreux), que parece como que trae su etimología de *pre* (prado), aludiendo á uno que la casa de su padre tenia al final del jardín. Pero dejemos á París y á Crosne disputarse el haber dado el ser á tan ilustre hijo. Esta polémica será eterna, porque un incendio destruyó casi totalmente el pueblo de Crosne, con que no quedó otra prueba del nacimiento del famoso crítico que los libros de familia, donde su padre apuntaba la edad de cada uno de sus hijos. En cuanto á la confusión de las épocas, el mismo Boileau es el único culpable, porque ignorante quizás del año en que habia nacido, creyóse obligado á decir toda su vida, que tenia un año menos de los que eran en realidad, por la respuesta que dió al rey en cierta ocasion célebre (1).

Corrieron sus primeros años sin accidente alguno notable, por lo cual le felicita d'Alembert de no haber sido uno de esos niños prodigiosos, que luego en la edad madura apenas pasan de medianías; abortos de talento que la naturaleza abandona, como si no se creyera capaz de perfeccionarlos. Fastidioso y taciturno, tan lejos estaba de revelar lo que seria con el tiempo, que su padre, al compararle con sus hermanos, hacia este pronóstico, bien triste para su amor, aunque desmentido por los sucesos: *Colás (Nicolás) será toda su vida un pobre hombre, que no se meterá con nadie*. Algunos años mas tarde pensaba lo mismo Dongois, su cuñado, y decia que nunca seria otra cosa que *tonto*, aquel hombre que tuvo mas talento en su siglo, puesto que conoció mejor que nadie en qué consiste el verdadero talento.

En el colegio de Harcourt (hoy colegio real de San Luis) fué donde Boileau hizo sus primeros estudios, y en el cuarto año de ellos fué cuando se sintió atacado del mal de piedra. Hubo necesidad de hacerle la operacion, pero fué con tan poco acierto, que, segun Racine, toda su vida conservó dolorosísimos recuerdos de esta época. En nuestra opinion bastaria esta circunstancia para reducir á su justo valor la anédocta con que graves filósofos esplican su severidad de costumbres, y la poca pasion que se echa de ver en casi todas sus obras.

Restablecido Boileau de su enfermedad, entró á proseguir sus estudios en el colegio de Beauvais, donde tuvo la fortuna de tropezar con uno de esos hombres tan excelentes para la enseñanza, que saben distinguir en los discípulos el germen del verdadero talento, á través de las apariencias, que tan engañosas son en la juventud. Mr. Sevin, catedrático de Boileau, adivinó bien pronto sus raras disposiciones para la poesia, y predijo desde luego el brillante porvenir que en ella le esperaba. Animado por este horóscopo y ayudado maravillosamente de la naturaleza, el jóven estudiante se abandonó á sus instintos sin reserva, no ocupándose en otra cosa que en los versos, y comenzando en el mismo colegio una tragedia, de la cual citaba aun mucho tiempo después estos versos:

Gigantes, deteneos!
y para el enemigo guardad vuestro valor.

Que comparaba él mismo atrevidamente á los mejores de Boyer. No era en esto, sin embargo, muy grande su amor propio.

No vió gustosa la familia de Boileau su aficion á la poesia. El mismo dice que le sentó muy mal,

y vió temblando,
un poeta naciente
entre el polvo de ruin escribanía.

Gil Boileau, su hermano mayor, que tambien daba en la locura de los versos, fué el que mas á mal llevó que aquel *imbécil* quisiera imitarlo; y el poeta naciente fué condenado á estudiar la jurisprudencia, y á recibirse de abogado el 4 de diciembre de 1636; pero tan pocas disposiciones manifestó para esta carrera, ó mejor dicho tanta repugnancia, que cesó desde entonces la obstinacion de su familia. Pasó el pobre abogado desde los bancos de la universidad á los de la Sorbona; nueva tentativa que tampoco tuvo buen resultado; pero que procuró al menos al poeta teólogo un beneficio (el priorato de Santa Paterna), con una renta de ochocientas libras, que disfrutó ocho ú nueve años. Convencido en esta época de que no tenia vocacion para el estado eclesiástico, devolvió el beneficio al colador, y calculando lo que le habia producido mientras lo disfrutara, distribuyó aquella suma entre los pobres del pueblo. «Raro ejemplo, dice Racine, dado por un poeta á quien acusaban de avaro.» Segun otros biógrafos, fué diferente la causa de la restitution de este dinero, puesto que sirvió de dote á una jóven, amada en otro tiempo del poeta, y que á la sazón tomaba el velo de las esposas de Cristo (2). Pero nada importa: en el fondo el mérito de esta accion consiste en ella misma.

Libre de la escribanía, del tribunal y de la Sorbona, y dueño por la muerte de su padre de su modesta fortuna, solo pensó Boileau en seguir los arranques de su genio. Entre los poetas que mas le habian agradado en su juventud, Horacio, Juvenal y Pefisio, y casi todos los satíricos eran sus favoritos. La amistad del maligno Furetière, gran admirador é imitador mediano de Regnier, acabó de inclinarle al género siempre peligroso, aunque necesario entonces, de la sátira literaria.

(1) Habiendo preguntado Luis XIV á Boileau cuándo habia nacido, le contestó: Señor, un año antes que V. M., para anunciar las maravillas de su reinado.

(2) En el año literario, periódico francés, leese que Boileau, aun niño, jugando en un corral, se cayó, y rompiéndosele el vaquero, dióle un pavo sendos picotazos en cierta parte muy delicada. Por esto, dice Helvecio, que tuvo Boileau tanto odio á los jesuitas, como que ellos trajeron los pavos á Francia: tambien á esto atribuye la admiracion que Arnould le causaba, y el origen de la sátira sobre el *Equivoque*, y la carta sobre el *Amor de Dios*. «¿Cuán verdad es, añade, que causas insignificantes influyen á menudo en toda nuestra vida y hasta en la sucesion de nuestras ideas!»

Cierto que ganaban aplausos las obras maestras de Corneille y las primeras comedias de Molière; pero en cambio Chapelain era aun el oráculo literario; la academia vestia de luto por la muerte de Voiture, y Cotin gozaba de grande aceptación y autoridad. ¿Cuántos motivos para inflamar la bilis satírica de un jóven, que dotado de talento analítico, de justísimo criterio y de odio inextinguible á los tontos, sentíase capaz de intentar la reforma del Parnaso francés, concluyendo la obra que Molière habia comenzado con tanta gloria algunos años antes! Pero este grande hombre, al arrojar el ridículo sobre el abuso que entonces se hacia de la viveza de imaginacion, y sobre la jerga en que se escribia, semejante á la de las calles y tascas, no habia atacado sino los efectos del mal, sin remontarse á sus causas; y aunque obligó á las *preciosas* á enmudecer por algun tiempo, no eran menos notables los progresos del mal gusto, ni menos próxima la decadencia de la literatura.

No han tenido presente, en nuestra opinion, estas justísimas consideraciones, los que, defensores ciegos de los Pelletier y Cotin, han intentado un siglo después renovar el tumulto producido en el Parnaso por las primeras sátiras de Boileau, y rehabilitar nombres y obras, en el olvido para siempre. Voltaire llama á las sátiras de Boileau *los deslices de su juventud* (1), y le felicita por haberse lavado aquella mancha con las *Epistolas* y su admirable *Arte poética*; ¿pero hubiera reconocido el mérito de estas obras, magníficas ciertamente, un siglo pervertido, un siglo cuyos escritores anatematizaban la antigüedad respetable? La dulce cadencia de una versificación armoniosa y siempre pura, ¿hubiera sentado bien á los oídos de aquella gente, acostumbrada á los durísimos y desagradables versos de Scuderi y Chapelain? Los admiradores sin número de estos poetas, ¿hubieran sabido comprender aquella fuerza de raciocinio de Boileau, que es una de sus dotes principales? Ante todas cosas, pues, convenia sacar al público de su error, romper los ídolos en que adoraba, y arrojar á los usurpadores del trono en que iba á sentarse el verdadero genio.

Tal fué la revolucion ocasionada por las primeras sátiras de Boileau (2), revolucion que le atrajo no pocas enemistades, aunque le ganó al mismo tiempo protectores ilustres que antes no tenia, los cuales se reconciliaron con la sátira por la estimacion que les inspiraba el poeta satírico.

(Continuará.)

MARIA TERESA.

Esta princesa, hija de Felipe IV, nació el 10 de setiembre de 1638; tenia hermosos ojos, tez blanca, y un conjunto de gracias que encantaba á los mas insensibles. Contaba veintidos años, y Francia deseaba su mano para su jóven monarca Luis XIV, en atencion á que aquella union debia ser la prenda de paz entre ambos reinos; pero altas consideraciones de política hacian que se mostrase remiso Felipe IV, quien habia ya negado su hija al emperador de Austria. El cardenal de Mazarino acudió á su política para determinarle, hablando de casar al rey de Francia con Margarita de Saboya, que fué presentada por sus padres al rey en Leon: Luis pareció quedar muy satisfecho de las dotes personales de Margarita. Durante esta entrevista llegó de incógnito á Leon el duque de Pimentel, y ofreció de parte de Felipe la paz y la mano de la infanta. Cuando supo esto el duque de Saboya salió de Leon lleno de despecho, y se cuenta que al llegar á la frontera se volvió hacia Francia y dijo: «Adios, Francia: te dejo para siempre sin pesar ninguno.» La princesa se echó á llorar de despecho, y Mazarino, á fin de consolarla y de calmar el enojo de los duques, la dió un escrito firmado por el rey, en el cual aseguraba este, que si no se casaba con la infanta de España, daria su mano á Margarita.

Volvió la corte á París, y Mazarino y D. Luis de Haro, ministro de Felipe IV, tuvieron varias conferencias en la isla de los Faisanes, tratando de los intereses del príncipe de Condé, que se habia retirado á Madrid en 1634, y de la renuncia de María Teresa á la corona de España. Vencidas las dificultades se encargó el duque de Cramont de venir á pedir en toda forma la mano de María; y en efecto, llegó á Madrid el 7 de octubre de 1639, acompañado de cuarenta caballeros franceses, y se firmó el tratado de paz el 7 de noviembre de 1639, después de veinticuatro conferencias, aplazándose el casamiento para la próxima primavera, á causa del mal estado de la salud de Felipe.

En efecto, el jóven Luis XIV vino á San Juan de Luz en el mes de mayo siguiente, y el rey de España y la infanta fueron á San Sebastian. A las cuatro de la tarde del jueves 27 de mayo, dice Montreuil en sus cartas, día del Corpus, M... llevó una carta de Luis á la infanta, quien hizo grandes demostraciones de aprecio hacia la reina de Francia, madre del rey; y como M... la preguntase repetidas veces si no le decia algo para el rey, le respondió: «Dios mio, ¡qué torpe sois! ¿No os he dicho tres veces que manifesteis á la reina mi tia mis ardientes deseos de verla? Id y decid eso únicamente.» Esa contestacion pareció tan delicada en la corte, que se llegó á pensar, cualquiera que fuese el talento de la infanta, si seria el mariscal de Claisembault quien se la habria hecho decir, pues en cuanto á M..., aunque es hombre muy honrado, todos saben que no es capaz de haberla inventado.

El casamiento tuvo lugar en Fuenterrabia el jueves 3 de junio, con asistencia del patriarca de las Indias, limosnero mayor de Felipe IV, y de D. Luis de Haro, que se desposó con la infanta por poder de Luis XIV. Después de la ceremonia comió públicamente la infanta, y hubo baile, en el que tomó parte Felipe. La reina madre llegó á la mañana siguiente acompañada del hermano del rey, y algunos momentos después se echó á sus piés la infanta, que recibió repetidos abrazos de ella; poco después llegó Luis XIV, quitándose antes sus insignias reales para no ser conocido, y quedándose á la puerta de la habitacion, asomó la cabeza entre la de D. Luis de Haro y la del cardenal, y como el primero le hubiese conocido, se lo dijo á la infanta con una mirada. Como Luis es-

(1) Memoria sobre la sátira.

(2) Las primeras que publicó (en 1666) fueron siete, en un volumen en 10. (París, editor Claudio Barbin.)

taba de incógnito, nadie le conoció. El domingo 6 de junio tuvieron una nueva entrevista los dos reyes, y juraron y firmaron la paz.

—Sintió mucho, dijo Luis XIV, la molestia que os ha causado un viaje tan largo.

—Si hubiera sido necesario, contestó Felipe, hubiera venido á pié.

San Juan de Luz vió en su recinto á toda la corte de Francia, y tal era el lujo que habia en ella, que se habian gastado en bordados mas de dos millones de francos: hubo grandes fiestas, y se ratificó el matrimonio el miércoles 9 de junio por el obispo de Bayona. La corte salió para Vincennes el día 14, y el rey mandó que se le alojase con la reina, aunque fuese chica la habitacion: permanecieron allí hasta el 26 de agosto, y cuando estuvo preparado para su entrada en la capital, se verificó esta con extraordinaria magnificencia. El triunfo correspondia al cardenal de Mazarino, pues la paz era obra suya. Veia con complacencia que el jóven monarca solo tenia aficion á los placeres, y habia procurado apartar de él todos los que hubieran podido instruirle. Luis no sabia mas que bailar, manejar las armas y montar á caballo. Todos decian que nunca seria un gran rey; pero Mazarino tenia mas penetracion.

—El rey engañará á muchos, decia. De Luis XIV se pueden hacer cuatro reyes y un hombre de bien.

María Teresa amaba tiernamente á su esposo; pero este correspondia muy mal á su ternura. Mad. de Beauvais, aunque de mas edad que él, fué la primera que arrebató á la reina el amor de su esposo, y sucesivamente Olimpia Mancine, después condesa de Soissons; luego María, hermana de esta última; Enriqueta de Inglaterra, que acababa de casarse con el hermano del rey; Madlle. de la Vallière, camarista de la duquesa de Orleans; la princesa de Monaco, hija del mariscal de Grammont; la marquesa de Montespan, hija del duque de Mortemar; Mademoiselle de Fontange, y por último, la marquesa de Maintenon. Es fácil conocer cuánto sufriria María Teresa con la conducta de su esposo; ninguno de sus estravíos la produjo mas disgustos que sus relaciones con la marquesa de Montespan. Un día la presentaron los últimos hijos que el rey habia tenido de aquella señora, y María los acarició saltándose las lágrimas. Cuando el rey se unió para siempre con la marquesa de Maintenon, la reina no pudo ya sobrevivir á tantos sufrimientos, y murió á los cuarenta y cinco años de edad, después de una enfermedad de tres días. Luis XIV jamás pudo recordar sin ruborizarse una ternura con tal ingratitud correspondida. Habló á María Teresa en español en sus últimos momentos, y aquella muestra de amistad bastó para consolar á la reina, que dijo moria contenta. Cuando el rey supo la muerte de su esposa, aseguró públicamente que esta nunca le habia dado otro disgusto que el que le causaba con su muerte.

Decian los confesores de la reina que el rey era el único hombre á quien habia amado María Teresa: como la preguntase uno de ellos si no habia llamado su atencion algun caballero de la corte de España, María contestó:

—¿Cómo quereis que así fuera, si en España no habia mas rey que mi padre?

María no poseyó cualidades brillantes, pero sí todas las virtudes necesarias para ser una buena esposa: enemiga del fausto y las intrigas, nunca se mezcló en los asuntos del gobierno, y solo pensaba en servir á Dios y agradar al rey. La bondad de su carácter, la solidez de su espíritu y su modestia, la merecieron la estimacion y la amistad de su esposo: pero como estas afecciones no bastaban á la ternura de su corazon, padeció mucho y ocultó sus pesares con la resignacion mas casta.

ESPOSICION DE LONDRES.

GRAN FÁBRICA DE TAPICES.

Tambien nos hemos hecho cargo muchas veces de la importante fábrica de tapices, conocida generalmente con el nombre de los Gobelinos. Nada mas bello que sus finísimos tejidos y sus bien acabados y sorprendentes dibujos, cualidades que unidas á la delicadeza y precision con que en ellos se imitan los mas complicados diseños, convierten á estas obras en unas verdaderas maravillas. Las telas de tapicería para sofás y para taburetes son del gusto mas esquisito, pudiendo asegurarse que dicha fábrica no tiene rival en el mundo. Los mas poderosos monarcas poseen obras, que bien pueden llamarse régias, trabajadas en sus talleres, y no hay quien ignore que el gran establecimiento de los Gobelinos posee, en el género de su especial industria, todo lo que inútilmente se pretende encontrar en los mas celebrados.

PORCELANA DE SEVRES.

El departamento señalado á los productos de esta gran fábrica era uno de los que mas llamaban la atencion en el Palacio de Cristal. Ya nos hemos ocupado estensamente de sus ricas porcelanas, superiores muchas de ellas á las de la China, y por consiguiente á cuantas se fabrican en Europa y en América. No repetiremos pues lo que ya hemos manifestado respecto á la perfeccion de su trabajo, á su solidez, á la hermosura y elegancia de sus dibujos y colores. La fama de la fábrica real de porcelana de Sevres es universal: no parecería por lo mismo extraño que se apresurasen á examinar el magnífico departamento de que disponia en la Esposicion de Londres viajeros de todas las naciones, ansiosos de admirar las bellísimas obras que en él figuraban.

Pensamientos.

Mas fácil es trasladar los Andes á los arenales de la Arabia, que desimpresionar á una muger preocupada.

Mas fácil es dudar de las verdades fundamentales de la religion, que sacudir el yugo de los temores fantásticos que los objetos esternos inspiran.

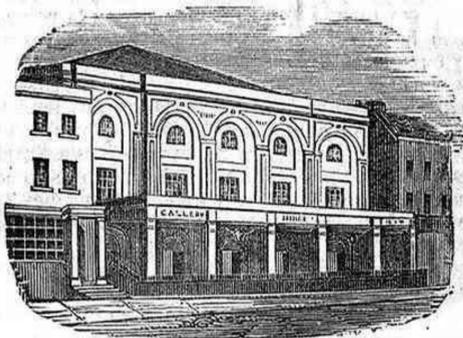
Hay un sin número de hombres tan mal organizados, que todo lo creen, menos lo que dicta el sentido comun y la sana razon, y que aborrecen la filosofía como los hidrófobos el agua.

UN PASEO POR LONDRES.

(Conclusion.)

Al principio de *Blachefcias Road* está el teatro *Surrey*, THE SURREY THEATRE, destinado principalmente para representaciones ecuestres.

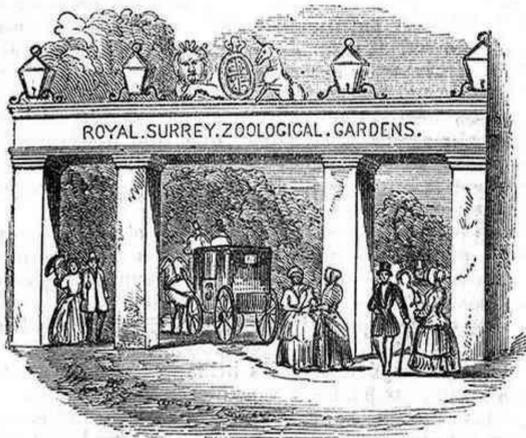
Siguen los jardines geológicos de *Surrey*, SURREY GEOLOGICAL GARDENS, lugar muy frecuentado en el verano. En él



The Surrey theatre.

se ve una coleccion de animales raros y fuegos artificiales. Pasando luego por *London Road* se presenta á la vista la escuela de los ciegos, cuyo benévolo objeto es instruir á los desgraciados que han perdido la vista, enseñándoles oficios con que en parte contribuyen á su manutencion. Se les enseña á leer por medio de caracteres de relieve.

A poca distancia de este edificio está el hospital llamado BETHLEHEM HOSPITAL, que ocupa un espacio de 12 acres y tiene 600 piés de estension. Fué fundado por Enrique VIII y está destinado para los dementes. Su construccion costó 100,000



Surrey Zoological gardens.

libras esterlinas, y tiene un gasto anual de 30,000 libras esterlinas. En el vestibulo se ven dos estatuas que representan el Desvarío y la Melancolía, por la cual Luis XII de Francia ofreció 12,000 libras esterlinas. En frente se halla la nueva catedral católica romana, de elegante arquitectura, y cuyo interior es sumamente espléndido, abundando en él magníficos mármoles, esculturas, bajos relieves y pinturas de mucho mérito. Inmediato está el asilo de huérfanas, de modesta arquitectura, instituido en 1758.

En el camino que conduce al puente Wertminster está el anfiteatro real conocido por ASTLEYS. Las representaciones ecuestres que en él se dan han adquirido mucha celebridad. A la espalda de este local hay otro lugar de representacion, donde concurre mucho la clase artesana.

Pasando al paseo llamado *Bishop*, el espectador tiene á la vista el Tamesis, con el puente WESTMINSTER, que se halla algo desunido. Fué construido en 1750 y costó 400,000 libras esterlinas.

Al extremo del citado paseo está la puerta del palacio LAMBETH, residencia durante muchos siglos de los arzobispos de Canterbury. En este edificio existen aun dos higueras de extraordinario tamaño plantadas por el cardenal Bole en 1558.



Bethlehem hospital.

Pasando á la calle *Lambeth* hay á mano un vapor que conduce á los jardines *Bremome*, hoy dia lugar muy concurrido y abierto al público durante todo el verano. Se paga un chelín de entrada. La inspeccion de estos jardines terminará la sesta jornada.

SÉTIMO DIA.—El ferro-carril en *London Bridge*, ó cualquiera de los pequeños vapores de los puentes *Hungerford* ó *Waterloo*, fácilmente conducirán al curioso viajero al hospital GREENWICH, que se halla en frente de *Jefe of dogs*, en las

márgenes Sur del rio. Es uno de los mas magníficos edificios de Europa, destinado á dar asilo á los héroes de la real marina. Se halla en el local que ocupó un edificio donde han nacido varios soberanos ingleses. En un gran salon está de manifiesto el carro funeral que condujo los restos mortales de Nelson á San Pablo. El establecimiento consiste en un gobernador, un teniente gobernador, ocho tenientes, varios oficiales, sobre 2,730 pensionados interiores, y 321,000 pensionados exteriores. Los interiores están provistos segun sus grados, etc., y reciben desde uno á dos chelines, seis peni-

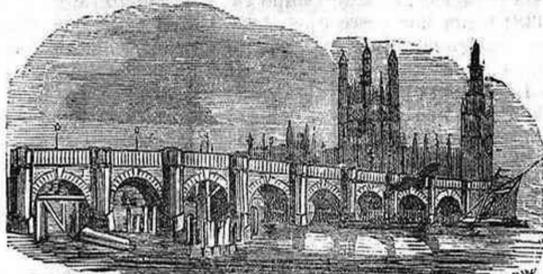


Astley's.

ques á la semana para tabaco. Los exteriores reciben desde cuatro libras esterlinas, once chelines, tres peniques, á veintisiete libras esterlinas, siete chelines, siete peniques al año, segun los años de servicio, heridas, etc.

Pasando de este edificio á *Surrey*, se llega al conocido por la galería de *CULWICH*. En la capilla del Colegio, así llamada, está de manifiesto una hermosa copia de la Transfiguracion, de Rafael, por Julio Romano. La galería está abierta todos los dias excepto los viernes y domingos.

En las mismas márgenes del rio situado en *New Cut Lambeth*, está el teatro VICTORIA, frecuentado principalmente por los artesanos; y saliendo de este edificio, recomendamos la inspeccion del hospital CHELSEA, destinado para los inválidos y veteranos del ejército. Fué erigido por Carlos II á insinuacion, segun dicen, de una actriz favorita de este soberano. Los pensionados interiores no ascienden á mas de 400, y los exteriores reciben anualmente siete libras esterlinas, doce che-

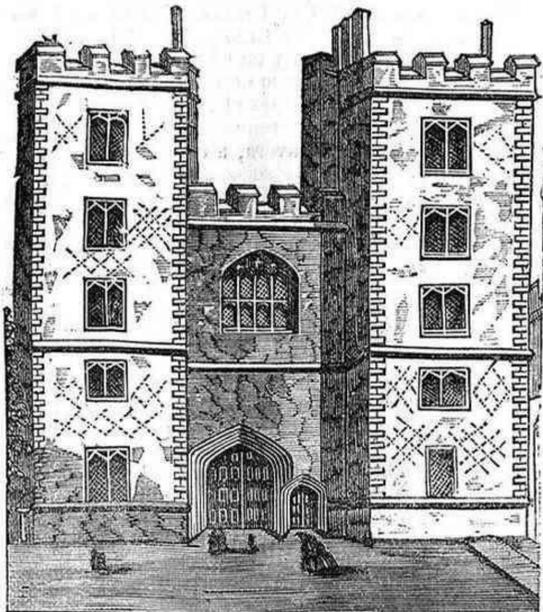


Westminster bridge.

lines, seis peniques, y caso de no alcanzar los fondos, el Parlamento suple el déficit. Goza además de varias mandas de consideracion.

En la tarde de este último dia nos dirigiremos á *Burton Cresemt*, al Norte de la ciudad, donde se ve una estatua del lord corregidor Cartwright, erigida en conmemoracion á sus servicios prestados durante la causa de la reforma.

La calle *Judd* conduce á *New road*, y prosiguiendo al Este en línea recta se pasa por GRECIAN SALOON: en este estenso y



Lambeth palace.

pintoresco edificio se representan piezas dramáticas que llaman la atencion de un numeroso concurso.

En *Hoxton-old-touvre* hay tambien un teatro conocido por THE BRITANNIA SOLOON, que puede contener sobre 4,000 personas.

A poca distancia, y en frente de las oficinas del ferro-carril *Eastern Cenniens*, está el teatro llamado THE NATIONAL HAUDAID THEATRE, donde se representan principalmente piezas dramáticas. El telon de boca de este teatro llama la atencion

por estar hecho de diez y seis espejos, los cuales tienen capacidad suficiente para reproducir los espectadores en número de 5,000.

En la misma acera hay otro teatro llamado THE CITY OF LONDON THEATRE; cruzando por la calle *Bishopsgate* á *White-chapel* se llega al hospital llamado de Londres, destinado para los marinos enfermos y estropeados.

Enfrente está el teatro denominado PAVILLON THEATRE, y en *Witechapel* se ve otro conocido por EAST ADELFI THEATRE. Una vez en esta parte de la ciudad recomendamos muy parti-



Archbishop's residence.

cularmente á los admiradores de las bellas artes, la inspeccion del célebre *Tunnel del Tamesis*, cuyo admirable proyecto y ejecucion son debidos al caballero Brunel. Es un paseo practicado debajo del rio Tamesis, que cruza de una á otra ribera, por dos naves. La primera se terminó en 1841. Bien ventilado y alumbrado de gas, se enseña diariamente mediante un penique por persona, y se puede llegar á él con ómnibus y vapores, de todos los puntos de la capital.



Greenwich hospital.

UNA HERENCIA.

III.

(Continuacion.)

—Pues bien: recuerdo su actitud en tanto que yo estaba al clave. Callaba, porque tenia necesidad de recogimiento: callaba, pero admiraba en silencio. Ahora me esplico con claridad la expresion de su noble semblante: bien marcada se veia en él la indignacion que le causaba ver al autor de una pieza de tanto mérito, oscurecido y reducido á dar lecciones para vivir.

—No hay duda, replicó Edith; pero lo cierto es que en el momento de marchar me pidió con encarecimiento una copia de mi cancion.

Spiegel, testigo mudo de esta escaramuza doméstica, los escuchaba sonriendo.

—¡Niños, niños! les dijo; nada hasta ahora habia podido alterar la concordia y la union que han reinado entre nosotros, Estaba reservado á la riqueza venir á escitar vuestra envidia y vuestra vanidad, que hace ya rato estan agitando vuestro corazon.



The Dulwich gallery.

¿Estas loco, amigo mio? ¿Por qué la voz de nuestra Edith no ha de haber sido bastante á enternecer al conde Segismundo hasta el fondo de su alma, y á despertar en él algun caro recuerdo? Y vos, Edith, ¿por qué queréis que el conde haya oido sin admiracion la sonata que tantas veces nos ha encantado? ¿Por qué no ha de haber adivinado en ella el genio de nuestro querido Muller? A ambos se debe atribuir la conmocion del conde; á ambos pues os toca la recompensa por partes iguales. Sed ambos felices, creyendo firmemente

que cada uno debe al otro la riqueza que el cielo os envía.
 A estas palabras, Edith se arrojó en los brazos de Franz.
 —Tiene razon Spiegel, dijo ella: á tu sonata debemos nuestra fortuna.
 —No, repuso Muller estrechándola sobre su corazon: somos ricos, gracias á tu melodía y á los encantos de tu voz.
 —Las dos cosas, interrumpió Spiegel: la sonata y la cancion tirolesa á la vez. Creedme, amigos míos, añadió con cierta gravedad: creed que el espectáculo de vuestra existencia honrada y laboriosa, la gracia y la belleza de vuestros niños, el interesante cuadro de vuestros dulces goces de fa-



The Victoria theatre.

milia, todo esto ha entrado por mucho en el enternecimiento de vuestro huésped, en la generosidad de vuestro bienhechor.

—Pues bien, dijo Franz, ¿has desechado ya tus preven- ciones contra nuestro desconocido? ¿Te atreverás todavía á regañarnos por haberlo acogido con amabilidad? ¿Reconoces ahora que eran infundadas tus aprensiones y fuera de razon tu alarma?

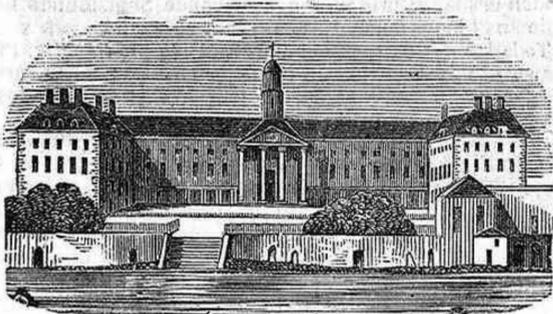
—Fundadas é infundadas á la vez, contestó Spiegel en tono de tristeza: infundadas, porque el conde Segismundo ha colmado vuestros mas ardientes deseos: fundadas, querido Franz, querida Edith, porque su generosidad debe separarnos.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? exclamaron al mismo tiempo ambos esposos.

—¿No quereis venir con nosotros? preguntó Edith con voz temblorosa.

—¿Qué quieres decir? añadió Muller.

—Mirad, queridos amigos, contestó Spiegel, yo me co- nozco. He sido muy feliz entre vosotros mientras hemos vi-



Chelsea hospital.

vido en la medianía: os amo, ya lo sabeis, os amo con una afeccion viva y profunda: Franz, soy tu hermano: Edith, sois hermana mia. Vuestros hijos son mi delicia. Vivía solo y me habeis creado una familia. ¡Oh! os quiero mucho, mucho, y no quiero á nadie mas que á vosotros... Sin embargo, no puedo seguiros.

—¡Oh! no, repuso Edith: no nos amais; no nos habeis amado jamás.

—Eso es, dijo Muller: siempre son así los amigos. Nos perdonan mas fácilmente en la adversidad que en la fortuna.

—¿Y es á mí á quien hablais de ese modo? exclamó Spiegel



Grecian saloon.

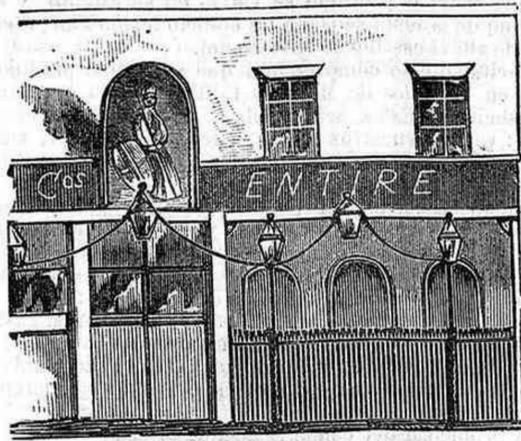
en tono de dulce reprension. ¡Ingratos! Os desafio á que du- deis de mi corazon. Mi vida entera os responde de mí. Ya os lo he dicho: me conozco, y me conoceis bastante. Me lisonjeo con la seguridad de que nada os faltará en Hildesheim. Por lo que á mí toca, nada aborrezco tanto como las relaciones nue- vas y las nuevas caras.

—¿Qué significa eso? preguntó Muller. La familia del conde Segismundo es una familia preciosa, segun atestiguan el tes- tamento mismo y la carta del notario. En verdad que sería una gran desgracia para tí tener que vivir con semejantes

personas, ¿no es verdad? ¿O será que no te parecen bastante decentes para alternar con ellas?

—Yo no he dicho eso.

—Por otra parte, ¿quién te obliga á vivir con ellos? Allí como aquí harás lo que quieras, porque estás en tu casa.



The Britannia saloon.

—Y ¿qué quieres, amigo mio? respondió tranquilamente Spiegel: La vida de los palacios no es mi vida. Id pues, sed felices, y dejadme á mí en mi elemento. No por eso seremos menos amigos: sobre eso respondo de mi corazon y del vuestro.

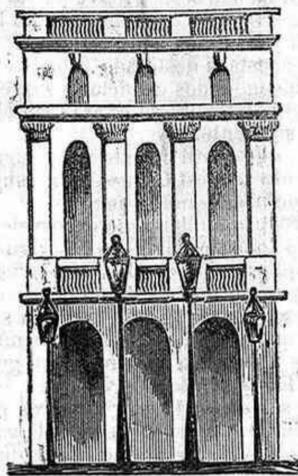
En vano Muller y Edith redoblaron sus esfuerzos: en vano repitieron sus instancias al dia siguiente. Spiegel permaneció sordo á sus ruegos, inflexible en su resolucion.

Franz se habia despedido de sus discípulos, anunciándoles oficialmente la herencia que acababa de tener. Las rentas de



The National Standard theatre.

Hildesheim no ascendian á cien mil florines, como habian anunciado los periódicos, sino á cuarenta mil, lo cual consti- tuye una linda fortuna. La propiedad toda estaba libre de hi- poteca, y de toda especie de deudas. Después de llenar los requisitos de la ley, Muller se ocupó de su viaje sin levantar mano. Para subvenir á los gastos habia contraido un emprés- tito á un interés medianamente usurario; pero los herederos no se paran en pelillos, y Franz y Edith querian á todo tran- ce presentarse de una manera decente. Los mas ricos alma- cenes, las mas elegantes tiendas de la ciudad contribuyeron al efecto. Aunque poseedores de tierras y palacios, Franz y



The City of London theatre.

Muller resolvieron de consuno conservar su cuarto, reserván- dose para mas adelante comprar la casa por entero para ofre- cersela á Spiegel.

—Puesto que estás decidido á no seguiros, le dijo Muller, nosotros vendremos á buscarte dentro de nueve meses; esta- remos reunidos bajo este mismo techo; aquí donde tantos y tan felices dias hemos pasado. Quizá entonces, cuando volva- mos á irnos, consentirás en acompañarnos.

La víspera de su marcha, estando ocupado en quemar de- lante de Muller algunos papeles que no queria llevar consigo,

puso la mano sobre la única sinfonía que tuvo lugar de escri- bir. Iba á arrojarla al fuego, después de haberla ojeado desdeñosamente, cuando Spiegel, con un movimiento rápido, se apoderó del folleto.

—¿Qué ibas á hacer, insensato! Esa es la primera inspi-



The Pavillion theatre.

racion de la juventud; es el canto primaveral de nuestros mejores años. Por imperfectas que sean esas melodías, ¿sabes tú si volverás nunca á encontrar la gracia y la frescura en que están bañadas?

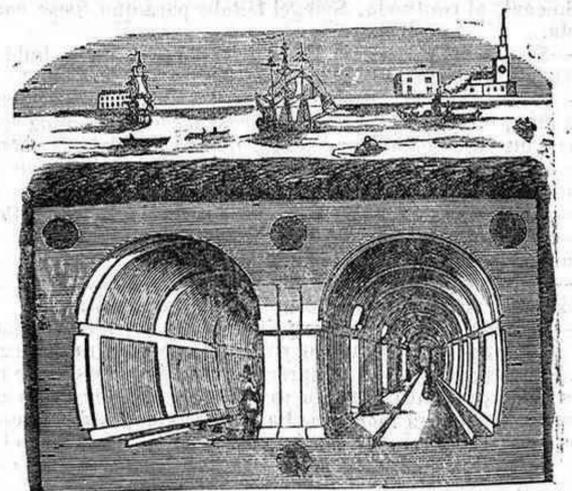
—¡Bah! respondió Muller: no es mas que un bosquejo, un simple ensayo. Ahora que soy rico, que tengo tiempo y liber- tad, debo á la memoria del conde Segismundo, y me debo á mí mismo, revelarme en todo mi poder, empezando por una obra maestra.

—¿Ambicion muy noble es esa! repuso Spiegel. Sin em-



East Adelphi theatre.

bargo, no será malo que sepamos respetar las obras de nues- tra juventud. En ellas encontraremos nuestros mejores senti- mientos; porque en ellas desfloramus la virginidad de nuestra alma. Mira, Muller: hay dos cosas que jamás debemos ultra- jar, sean cualesquiera los defectos que las afeen, sean cuales- quiera los disgustos que nos hayan costado: la una es nuestra primera obra, la otra nuestro primer amor. Podrás escribir partituras mejores; pero la inesperienza y la candidez tienen un encanto que el arte no alcanza á aborrar. Déjame esta sinfonía, pues que no quieres llevártela: yo la cantaré con frecuencia para amenizar mi soledad.



The Thames tunnel.

Al amanecer del dia siguiente entraba en el patio una silla de posta tirada por cuatro caballos. Los niños estaban ya de pié saltando de gozo á la idea de subir en carruaje. Spiegel los cogió en brazos, los cubrió de besos, y sintió saltársele las lá- grimas al pensar que aquella casa, que ellos llenaban con sus gracias, con su vivacidad infantil, iba á quedar desierta como una jaula sin pájaro.

Este fué el solo rasgo de debilidad que se notó en el pin- tor en circunstancias tan difíciles. Sin carecer de sensibili- dad, Spiegel era uno de esos hombres que nunca aparecen

tan fríos como cuando están profundamente conmovidos. El alma de Spiegel era exactamente un lago, cuya superficie no se eriza jamás, por mas que el fondo esté horriblemente agitado. Nada temía tanto como las escenas tiernas. Después de estrechar con el mayor afecto á Franz y Edith, viendo que ellos se enternecían, que quizá iban á llorar, los arrojó en el carruaje, cerró de repente la portezuela, dió la señal de partida, y corrió á encerrarse en su taller.

Algunos días antes de ponerse en camino, Muller habia escrito al mayordomo de Hildesheim anunciándole su llegada, y previniéndole que no quería se le hiciese recepción alguna ni se ocasionasen gastos.

IV.

El viaje de nuestros amigos fué una continuación de delicias encantadoras. Los niños, constantemente asomados al vidrio, observaban sin pestañear el galope de los caballos, fijaban su atención en todos los accidentes del camino, y gozaban con los mas pequeños detalles que se ofrecían á su vista. Franz y Edith recostados en el fondo del carruaje no eran menos felices que sus hijos. De antemano proyectaban mil medios de embellecer su existencia, distribuyendo el tiempo de mil maneras; y que la vida de los palacios era igualmente desconocida al uno que al otro, daban rienda suelta á su imaginación, procurando adivinar lo que aun no habian visto. No sabiendo lo que era Hildesheim, Muller buscaba en lo que habia leído tipos imaginarios de comparación: y allá se figuraba cascadas maravillosas como las de Tivoli, y las de Caserta ó las de Unterlaken. Edith, mucho mas modesta en sus intentos, soñaba con una lechería igual á la que tenia Maria-Antonieta en Trianon; y ya veía sumisos y solícitos en torno suyo numerosos colonos y caseros de ambos sexos, que solo esperaban la mas ligera seña para obedecerla ciegamente. Una multitud de cabras manchadas de negro, carneros de espeso bellón, de vacas de leche blancas como la nieve, de toros briosos que saltaban y triscaban en la pradera: Edith era reina, reina absoluta de todo aquel pequeño imperio. Al regresar al palacio encontraba en el dintel de la puerta ó en una calle de árboles del parque á los Bildmann y á los Stolzenfels que la saludaban al paso con el mayor respeto. ¡Feliz imaginación!!!

Edith y Muller se proponían, con la seriedad mas cómica del mundo, ser afables y corteses con los huéspedes que les habia dado la voluntad del conde Segismundo: querían á fuerza de bondad hacerse perdonar la inesperada fortuna que el cielo les enviaba. Muller se preguntaba á sí mismo qué conversaciones podría entablar con el mayor Bildmann sin aburrirse demasiado. Al efecto rebuscaba allí en sus recuerdos algun cuento antiguo de batallas; porque con la candidez mas infantil creía que la guerra habia sido siempre el único pasatiempo del mayor. Edith pensaba en las señoritas Stolzenfels, y esperaba ganar su amistad á fuerza de deferencias: se proponía consultarlas sobre la administración de la casa, invocar su experiencia en la reforma y mejoras que hubiese que hacer. La educación de los niños era la principal preocupación de ambos esposos: Muller pensaba con orgullo que Hermann podría aspirar á los mas altos puestos: Hermann no debia contar solamente con su trabajo y su perseverancia, como habia dicho Spiegel; debia también contar con los infinitos recursos que iba á ofrecerle la fortuna. El ejército, la magistratura le eran igualmente accesibles. Muller, con la mas risible gravedad, interrogaba á su muger sobre el partido que convendría adoptar con Hermann. Mucho respeto tributaba á la ley y á la carrera del foro; pero la de las armas le parecia mas noble, mas grande, mas poética. Por fin, después de un maduro exámen, se decidió á hacer de Hermann un feld-mariscal. Hermann tenia cinco años: dentro de dos á lo mas empezaría el estudio de la esgrima y la equitación. Edith hubiera preferido que Hermann fuese consejero áulico. No, decía Muller, no: será feld-mariscal.

Edith no soñaba para Margarita un porvenir menos brillante. Música, dibujo, lenguas modernas, nada debia ignorar Margarita: debia bailar como una sálide, manejar un caballo como una amazona, cantar como un ruiseñor; y cuando estuviere dotada de todos los talentos, de todas las perfecciones propias de la hija de un rey, sería menester que la nobleza de las cercanías fuese bien estúpida, bien poco entendida en sus propios intereses para no venir en masa á disputarse la mano de la señorita.

En medio de la felicidad que les embriagaba no olvidaban á Spiegel: al contrario, Spiegel faltaba para que fuese completa.

—Si nos amase, decía Edith tristemente, no se hubiese negado á seguirnos.

—No lo conoces, replicó Franz, no lo conoces. Spiegel nos ama, no ama mas que á nosotros; pero es un alma sombría, un carácter independiente, que se revela á la menor idea de sujeción. Además tiene las ideas mas estrañas en todas materias: recuerdo haberle oído decir una vez que la riqueza era quizá un yugo mas pesado que la pobreza. Pero sea como quiera, yo lo enriqueceré á pesar suyo; seguro es que no sospecha el porvenir que le preparo.

—Bien, querido Franz, bien! exclamó Edith; nuestra fortuna me haria sufrir si nuestro amigo no participase de ella.

—No tengas cuidado, que ya participará, y bien, respondió Muller con tono protector y dándose cierto aire de orgullo. Por lo pronto voy á comprar á su nombre la casa que hemos habitado juntos. Cuando ya no tenga alquiler que pagar estará allí como un monarca. Haré mas: compraré sus cuadros, cubriré de oro sus últimos bosquejos, haré por él lo que ha hecho por mí el conde de Hildesheim; no se verá obligado á dar lecciones, emanciparé su genio, le allanaré el camino de la gloria.

—Bien, querido Franz, bien! exclamó Edith echándole los brazos al cuello.

—Nuestro museo, continuó Muller, no se compondrá sino de cuadros de nuestro amigo, y se llamará Museo Spiegel. Tengo ya varios cuadros que encargarle; entre otros este: el conde Segismundo sentado junto á tí, mientras yo toco una sonata.

—Pero, querido mio, repuso Edith, me parece que el conde Segismundo, sentado junto á mí en tanto que yo canto la melodía tirolesa, es un argumento no menos gracioso ni menos digno de inspirar el pincel de Spiegel.

—Sin duda, sin duda, contestó Muller: Spiegel eternizará

hasta los mas pequeños episodios de aquella memorable noche. Sí, sí: quiero que antes de cinco años rescuite el genio y tenga la existencia suntuosa de Van-Dyck y de Rubens.

Sin embargo, á medida que iban acercándose al término de su viaje, Edith y Muller registraban el horizonte con la vista en busca de su palacio. Por último, á la caída de la tarde del tercer día el postillon se volvió en su asiento, y con el extremo de la fusta señaló á un edificio lejano aun, diciendo: —Hé allí el castillo de Hildesheim.

Fácilmente se comprenderá qué sensación produjo esta frase en los oídos de Muller y Edith. ¡Hé allí el castillo de Hildesheim!!! Estas seis palabras valían para ellos tanto como: ved ahí vuestros bienes, vuestra propiedad, vuestros estados: los campos, los prados, los bosques, todo es vuestro. Ahí vais á reinar como soberanos.

Engañado por los reflejos del poniente, Muller creía ver iluminada la fachada del palacio, y en el sonido del cuerno de los pastores creía oír los preludios de una serenata campestre. Halagado interiormente, pero fingiendo el mal humor de un príncipe cuyo incógnito ha desaparecido:

—Había prevenido, dijo, que no se metiesen en gastos, y que se me hiciese una recepción modesta.

—Resignémonos, querido, repuso Edith dando rienda suelta á su alegría: en resumidas cuentas nosotros pagaremos la música.

La propiedad del conde Segismundo estaba situada en la pendiente de una colina, de manera que se veía desde algunas leguas antes. Cuando los viajeros llegaron era ya noche oscura. Muller habia recomendado que se le hiciese una recepción modesta, es verdad; sin embargo, á pesar de la precisión de sus órdenes, se admiraba de que nadie saliese á esperarle: ya estaban muy cerca del castillo, y ni un solo sirviente se presentaba á recibir á su nuevo amo; ni una sola luz se distinguía en la fachada del edificio ó en las alamedas del parque. Indudablemente el mayordomo de Hildesheim, poseído de un celo exagerado, no habia sabido comprender las verdaderas intenciones del heredero. Por fin la silla de posta se detuvo ante una gran puerta, cuyo arco estaba adornado con cornamentas de ciervos, cabezas de oso, de lobo, de jabalí y otros despojos de caza. El postillon, después de haber chasqueado su látigo inútilmente durante un cuarto de hora, tomó un pequeño clarín que pendía de su cinturón, y empezó á tocar una especie de llamada: ni una luz ni una voz vinieron á responderle, por mas que él esforzaba cuanto podia sus pulmones, como Rolando en la retirada de Roncesvalles. Al cabo de media hora larga viose por fin atravesar el primer piso del edificio una luz trémula, seguida á poco rato de unos pasos lentos y pesados, que se sintieron en el patio, acompañados del ruido de un gran manajo de llaves. En el momento en que la de la puerta entraba en la cerradura, Muller oyó distintamente estas benévolas palabras:

—¡Par diez que es linda ocurrencia venir á semejantes horas á sobresaltar las gentes honradas, despertándolas al primer sueño! ¡Maldita sea la infernal visita que se anuncia de tan estrepitosa manera!

La puerta giró sobre su quicio y Muller vió aparecer el semblante torvo y medio dormido de Wurm, que contaba veinte años de mayordomo en propiedad del castillo de Hildesheim. Wurm estaba vestido con una bata estrañamente ramada, y llevaba en la cabeza un magnífico gorro de dormir, sujeto á la frente con un voluminoso lazo de cinta color de escarlata. Acercose al carruaje, lanzó en el interior de él una mirada llena de cólera, y dirigiéndose á los viajeros:

—¿Quiénes sois? dijo; qué venis á hacer á estas horas? en qué puedo servirlos?

—Soy, respondió Muller, el heredero universal del conde Segismundo de Hildesheim. Quiero entrar en el castillo, y allí os diré en lo que podeis servirme. Conducidme á la habitación que debe estar preparada para mi muger y mis hijos.

Wurm bajó la cabeza, conociendo aunque un poco tarde que habia dado un paso en falso, y procuró reparar la falta despertando lo mejor que pudo á todos los criados del castillo. A medida que iba guiando á Muller por la escalera de honor, murmuraba entre dientes: —¡Hola, hola! El músico. ¿Quién hubiera creído que vendría á estas horas?

Poco después se encontraban nuestros viajeros en una habitación, compuesta de varias salas inmensas, pero casi desnudas. Ya en vida del conde Segismundo los Bildmann y los Stolzenfels, aprovechándose de sus distracciones y de sus frecuentes ausencias, habian desbalijado á porfia la parte de casa que él se habia reservado. Wurm, después de haber recorrido con Muller, Edith y los niños las diferentes piezas del vasto alojamiento que les estaba destinado, volvió á conducirlos al salon principal, encendió dos candelabros que habia sobre la chimenea, y se retiró después de haber recibido de Franz órdenes para el día siguiente.

—Querido mio, dijo Edith cuando se quedaron solos; querias un recibimiento modesto. Pues bien, supongo que estarás contento, que nada tendrás que desear.

—Es verdad, repuso Muller, que estaba decidido á admirarlo todo, á verlo todo de color de rosa; en verdad que no me disgusta; porque aquí encuentro una prueba terminante de la obediencia y sumisión de mi mayordomo maese Wurm. Además, lo confieso, me agrada esta manera simple de tomar posesión de un magnífico palacio: esto es de muy buen gusto, á nadie humilla, y no huele á rico-nuevo, á gente de fortuna improvisada. Sí, Edith, desde el primer día haremos ver en este país que no somos gentuza. ¿Hubieras por acaso preferido que se hubiese celebrado nuestra llegada con fuegos artificiales, iluminaciones, y las correspondientes arengas, como si fuésemos señores de ópera-cómica?

—Ciertamente no, respondió Edith: confieso sin embargo que no me hubiera desagradado verme acogida por Mad. Bildmann y las señoritas Stolzenfels.

—Recuerda la carta del notario: aquí se hace una vida de patriarca, y los patriarcas no tenían, como nosotros, la maldita costumbre de acostarse á media noche. Sé justa: ¿habían de estar esperando á estas horas? ¡Qué hermoso, que magnífico, que rico es todo esto! añadió dirigiendo en derredor suyo sus maravillados ojos. Hé aquí lo que se puede llamar una habitación de príncipe.

—Solo la faltan los muebles, repuso Edith sonriéndose.

—¿No ves que está á la moda oriental? Los turcos amueblan así sus casas. A mí me gusta esto: yo necesito espacio y

aire. Aborrezco cordialmente esas habitaciones que se asemejan á almacenes de muebles ó tiendas de objetos curiosos.

Hablando de este modo, Muller abrió una ventana. Edith no pudo reprimir un grito de entusiasmo y de alegría, al ver el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. La noche estaba muy clara: la luna radiante derramaba sobre un parque inmenso, verdadero océano de verdura, su blanda y apacible luz. Un vapor argentino y trasparente envolvía las copas de los árboles, sin ocultar el follaje en que suspiraban las brisas de la noche, perfumadas por mil emanaciones agradables. Los misteriosos susurros de la noche, los dulces quejidos de los pájaros, que se acariciaban en sus nidos, el murmullo del vecino arroyo que jugueteaba con las piedrecitas, todo formaba una armonía deliciosa, encantadora. Las torres del castillo se destacaban vigorosas sobre el fondo azul sembrado de estrellas, cubriendo con su sombra colosal el césped embalsamado. Edith y Franz estaban sumergidos en el éxtasis de un placer inefable, cuando de repente tres grandes murciélagos de raza superior acudieron al salon, atraídos por la luz, y levantaron una nube de polvo de las cornisas abandonadas. Al ruido que hicieron estos inesperados huéspedes los niños empezaron á gritar:

—Yo quiero volver á nuestra casa, decía Hermann.

—Yo quiero ir con Spiegel, decía Margarita llorando.

Muller seguía persiguiendo á los murciélagos con un encarnizamiento tal, que Edith no pudo contener una carcajada. Entonces Franz, conociendo que habia caído en completo ridículo, tomó el partido de enfadarse. Por fin los murciélagos se fueron, los niños se apaciguaron, y todo volvió á entrar en silencio, á escepcion de las veletas oxidadas que gritaban en lo alto de los tejados, las lechuzas que lanzaban sin cesar siniestros gemidos, y las persianas medio descompuertas que el viento hacia chocar contra las paredes. Salvas estas escepciones, la noche fué bastante apacible: Edith y Muller pudieron contar á sus anchuras todas las horas, y cuando amaneció, ambos convinieron en que no habian pegado los ojos.

Los primeros rayos del sol les hicieron olvidar fácilmente las pequeñas contrariedades y las desagradables impresiones de la víspera. Se encontraban sin disputa en un palacio regio. Edith, sin embargo, encontraba algo que reformar: el palacio la parecia á primera vista algo triste, algo sombrío, un poco desmantelado; pero Franz estaba tan embriagado de gozo que no se atrevió á hacer la mas ligera observación. Por lo que toca al parque, llenaba superabundantemente los deseos de Edith: jamás habia visto uno que pudiera compararsele.

—Amiga mia, dijo Muller, ante todas cosas es preciso pensar en visitar á los huéspedes con quienes vamos á vivir. Toda deferencia es poca para con la familia de nuestro bienhechor. Vé pues á aviarlo; ponte elegante, á fin de que comprendan desde un principio que el conde Segismundo no ha legado sus bienes á aventureros sin recursos.

Toda la mañana se pasó en preparativos de *toilette*. Franz se puso el mejor chaleco y la mejor corbata: Edith sacó su mas elegante traje, y los niños fueron vestidos con los de los días de fiesta. Cuando todos estuvieron listos, Franz diputó á Wurm á anunciar su visita á las señoritas Stolzenfels. Ulrica contestó que estarían visibles dentro de una hora. Muller aprovechó este intermedio para pasar revista á los criados que Wurm le presentó. Franz principió por dirigir una pequeña alocución muy interesante, que no interesó á ninguno de ellos: en seguida Wurm, nombrándolos uno por uno á medida que los iba presentando:

—He aquí, dijo, la doncella de Mad. Bildmann y el ayuda de cámara del señor mayor. Estas son las criadas de las señoritas Stolzenfels; este es el repostero del ala derecha del castillo; este es el cocinero de la izquierda. Hé aquí la doncella de la señorita Eduvigis; hé aquí la de la señorita Ulrica. Esta es la criada del señorito Isaac. Este es el mozo de bodega del señor Bildmann; este es el cochero de madama Dorotea; este el cazador de las señoritas, y estos los palafreneros y los picadores de Mr. Federico.

—Está bien, repuso Muller cuando Wurm acabó de ensartar este rosario de nombres. Pero yo no veo aquí á mis servidores.

—¡Vuestros servidores! dijo Wurm estupefacto.

—Sin duda, replicó Muller; los servidores del conde Segismundo.

—Pero, señor, aquí están todos: son los que acabo de nombraros sucesivamente, y...

—Escuchadme bien, interrumpió Muller con tono seco; los criados del conde Segismundo son los míos; que se ocupen pues de mi servicio. A vos toca vigilarlos, y vos me responderéis de las negligencias ó infracciones que yo notare. Dijo, y se retiró.

—¡Sus criados! murmuró Wurm encogiéndose de hombros. ¡Necesita criados el músico! Vamos, da ascó. El conde Segismundo pasaba bien sin ellos.

(Continuará.)

TELÉGRAFO ELÉCTRICO SUB-MARINO.

No obstante de que ya hemos dado á nuestros lectores una idea de los telégrafos eléctricos sub-marinos, teniéndoles al corriente de los nuevos progresos que hace este importantísimo medio de comunicación, cuya velocidad supera á todos los conocidos hasta hoy, creemos que leerán con gusto el siguiente artículo que ha publicado una *Revista extranjera*:

A principios de 1849 hizo Mr. J. Brett el primer experimento de su máquina eléctrica para imprimir, en la elegante habitación de lady Blessington, en Gore-House. El conde de Orsay, que habia apreciado la importancia de este grande invento, tomó bajo su noble protección á Mr. J. Brett, y entre los ilustres personajes convidados para presenciar el experimento, se hallaba el almirante Cécille, embajador de Francia, cuya repentina salida de Inglaterra ha causado tan vivo sentimiento, que aun no ha podido el tiempo mitigarlo.

El ensayo hecho por Mr. J. Brett tuvo el éxito mas completo, y el conde de Orsay le aconsejó que hiciese su aplicación á un telégrafo sub-marino entre la Francia y la Inglaterra. Admirado con las ventajas de esta grande y feliz idea, partió Mr. J. Brett á París; en donde, gracias á la protección

que encontró en el presidente de la república, fué examinado su descubrimiento y altamente apreciado por un gran número de sabios y hábiles ingenieros. No tardó el gobierno en garantizarle, por un decreto fechado en 10 de agosto de 1849, el derecho esclusivo de establecer por diez años una comunicación telegráfica entre la Francia y la Inglaterra, atravesando el canal de la Mancha.

Es sabido que las mejores invenciones dejan con frecuencia de ponerse en práctica por falta de dinero, y el descubrimiento de Mr. J. Brett hubiera sufrido la misma suerte que otras muchas, si Mr. Edgar Aimé, banquero de París, que había residido muchos años en Inglaterra, no hubiese facilitado los primeros fondos, lo cual sirvió de estímulo para que varios capitalistas ingleses y holandeses se asociaran mas adelante á la misma empresa. En 1850 se comenzaron los primeros trabajos con energía y mucha decisión; pero no sin experimentar la compañía graves dificultades y pasar por terribles pruebas antes de conseguir abrir al público el telégrafo eléctrico el día 13 de noviembre de 1851. Desde entonces ha ido aumentándose de día en día el número de los partes, y ya tratan de establecer tambien el servicio de noche.

Los productos se han elevado en el primer trimestre como sigue:

En el primer mes á	9,950 fr.
En el segundo á	12,690
En el tercero á	13,241

Total en el primer trimestre. 35,884

La tarifa de los precios que se pagan por los partes comunicados á Londres desde París y otras ciudades de Francia, es la siguiente:

PARA LONDRES	Por 20 palabras.		Por 40		Por 60		Por 80		Por 100	
	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.	fr. c.
De París	25	29	55	57	75	42	46	50	51	55
Lille	19	23	28	30	32	33	35	35	35	35
Dunkerque	19	23	28	30	32	33	35	35	35	35
Valenciennes	20	26	29	33	35	37	41	43	45	48
Amiens	21	25	26	30	32	33	35	35	35	35
Calais	23	25	26	30	32	33	35	35	35	35
Rouen	24	28	30	32	33	35	35	35	35	35
Havre	25	30	32	35	37	40	42	45	47	50
Orleans	24	28	30	32	33	35	35	35	35	35
Chalon sur Saone	25	30	32	35	37	40	42	45	47	50

Hace algunos años que estamos de tal modo acostumbrados á los maravillosos descubrimientos de las ciencias y de las artes, que el establecimiento de una comunicacion telegráfica á través de la Mancha, es mirado generalmente como un hecho muy sencillo y que no da lugar á ninguna observacion particular. Sin embargo, el haber puesto al continente en comunicacion inmediata con la Inglaterra, sin haber perdido esta ninguna de las ventajas de su posicion insular, es un esfuerzo del hombre que merece alguna atencion, y nosotros creemos un deber el consignar en pocas lineas las circunstancias principales que han mediado para su realizacion.

Mr. Wheatstone fué el primero que concibió en 1837 la posibilidad de un telégrafo sub-marino, y mandó preparar un hilo metálico de media milla de estension, cubierto de modo que quedase aislado; pero no habiéndose efectuado el experimento que se proponia hacer, sirvió mas adelante este hilo para uno de los primeros ensayos de telegrafia en el camino de hierro de Birmingham. En 1840 sometió este ingeniero sus proyectos y planos á los gobiernos de Francia, Inglaterra y Bélgica, y se dieron algunas disposiciones para realizarlos; pero entonces se hallaban los ánimos demasiado preocupados con las cuestiones políticas, y el proyecto fué aplazado definitivamente, no habiéndose vuelto á hacer ningun ensayo formal de telegrafia sub-marina hasta el mes de agosto de 1850.

En esta época se sumergió en el canal de la Mancha desde Douvres hasta el cabo de Griz-Nez, sobre la costa de Francia, un hilo de latón de veinticinco millas de largo, revestido de guta-percha y cargado de graponas de plomo. Mientras que se iba desarrollando este hilo, desde el puente del barco de vapor el *Goliath*, y después de la inmersión de toda la línea, demostró la trasmision de los signos electro-galvánicos, no solo la posibilidad, sino el completo éxito de la empresa. Pero desgraciadamente se rompió el hilo de latón al cabo de pocos dias, ya fuese por su roce contra las rocas ó por cualquier otro accidente igualmente fatal, quedando interrumpida la comunicacion.

Pero no era verisímil que se abandonase una empresa de tanta importancia. Organizose la compañía del telégrafo sub-marino, y en el mes de julio de 1851 se encargó Mr. Crampton de establecer antes del fin de setiembre, y con arreglo á las condiciones impuestas por los gobiernos de Francia y de Inglaterra, una buena comunicacion telegráfica entre estas dos naciones, poniéndose inmediatamente en ejecucion los planos levantados por este ingeniero en los talleres de la compañía en Wapping. Comenzaron torciendo unidos, por medio de una poderosa máquina de vapor, cuatro hilos de latón revestidos de guta-percha; formando una línea continua de veinticuatro millas de estension. Este cordon central, si podemos llamarle así, fué en seguida envuelto con un grueso hilo de cáñamo, enrollado alrededor en espiral y completamente saturado de una mezcla de pez y sebo; después se volvió á cubrir con otra capa de hilos semejantes, preparados de igual modo, pero dispuestos oblicuamente á los primeros. El cordon central que forma la parte vital del aparato, protegido de esta manera por una doble cubierta estrechamente ajustada, se envolvió de nuevo con una tercera, compuesta de diez hilos gruesos de alambre galvanizado, de un cuarto de pulgada de diámetro cada uno, y enrollados de tal modo, que el interior quedase completamente al abrigo de la accion del agua del mar. Este cable, después de terminado, presentaba un aspecto singularmente pulido y brillante por consecuencia de la galvanizacion. Su construccion duró tres semanas, y su peso total (suficiente para irse al fondo sin carga adicional) era de doscientas toneladas. Cuando esta masa enorme estuvo enrollada sobre la playa, dispuesta para ser embarcada, se

aseguraron de la integridad del cordon central lanzando una chispa eléctrica, la cual, habiendo atravesado esta larga línea de veinticuatro millas, disparó un cohete.

El 24 de setiembre fué depositado este cable, sin experimentar accidente alguno, en la cala del vapor *Blazer*, puesto por el gobierno á disposicion de la compañía, cuyo buque lo remolcó hasta el cabo del Sud (South Foreland), designado como punto de comunicacion en la costa inglesa. Allí aseguraron una de las estremidades del cable sobre la playa, por encima de la línea de alta mar, hasta un sitio próximo al faro, donde un pozo, abierto perpendicularmente desde la parte superior de la costa acantilada, recibe los hilos metálicos que estan en relacion con el telégrafo de Douvres. Después de haber sujetado el extremo del cable y dejarlo unido al telégrafo de tierra, partió el *Blazer* para la costa opuesta, remolcado por dos barcos de vapor, á pesar de hallarse la mar muy agitada con un fuerte temporal. En efecto el cable debía hallarse colocado en su sitio para el 1.º de octubre, segun los compromisos contraidos con el gobierno francés. El punto de comunicacion elegido sobre las costas de Francia era Sangatte, pequeña aldea situada sobre unas áridas dunas á tres ó cuatro millas de Calais, y que segun dicen es el paraje donde César se embarcó para pasar á la Gran Bretaña. La distancia desde este punto de la costa á South Foreland no es mas que de veintiuna millas, y la playa es de arena compacta, eminentemente favorable para el objeto que se proponian.

(Continuará.)

El siguiente documento histórico, es en la presente circunstancia de un interés vivísimo. El reglamento de teatros de 28 de julio, estableciendo una especie de legislacion literaria y teatral que no podemos calificar aquí de buena ni de mala, ha lanzado á la arena de la discusion muchas cuestiones trascendentales por estremo, sin resolverlas ni aun quizás tocarlas. Imposibilitados nosotros de examinar en LA ILUSTRACION el real decreto de 28 de julio, estamos en el deber de cooperar con nuestras fuerzas todas á la regeneracion literaria que va á inaugurarse, á pesar del sin número de obstáculos con que lucha. La publicacion de un documento semejante al de 28 de julio, aunque emanado de un gobierno absoluto, de una época menos ilustrada, y de ministros, en fin, que acaso desdeñaban en el fondo de su corazon á la literatura y á los literatos, parécenos justamente que podrá ayudar en gran manera á los que se ocupen en censurar el llamante arreglo, mostrándonos quizás las fuentes en donde se han bebido algunas de sus disposiciones, disposiciones que á pesar de no ser las mas acertadas del antiguo reglamento, ocupan en el nuevo este lugar.

INSTRUCCION PARA EL ARREGLO DE TEATROS Y COMPAÑIAS CÓMICAS DE ESTOS REINOS FUERA DE LA CORTE, APROBADA POR S. M. EN REAL ÓRDEN DE 11 DE MARZO DE 1804.

La junta de direccion y reforma de teatros de esta corte, presidida por el gobernador del consejo, y compuesta de un director, de un censor y un regidor de Madrid, y por secretario el de los mismos teatros, tendrá á su cargo la formacion, direccion y reforma de todos los teatros y compañías cómicas de las provincias de estos reinos, bajo del espíritu y reglas establecidas por el plan general de reforma aprobado por S. M., en cuanto sean adaptables, segun está resuelto por real orden de 14 de enero de este año.

Dicha junta general, para la ejecucion y cumplimiento de las reglas que establezca en cada teatro de provincia, subdelegará sus facultades en otra junta particular que nombrará en cada capital ó pueblo en que haya teatro abierto, y deberá componerse del corregidor ó alcalde mayor que presida el ayuntamiento, de un regidor y un diputado del comun nombrados por el mismo ayuntamiento, y de un censor literato é inteligente que nombrará la junta general, siendo su secretario el que lo fuere de ayuntamiento.

El juzgado de todos los asuntos contenciosos pertenecientes á teatros y sus actores y dependientes que antes estaba á cargo del corregidor de Madrid, será privativo del gobernador del consejo, con inhibicion de todos los demás jueces y tribunales, y subdelegar á dicha jurisdiccion por lo que hace á los teatros de Madrid en el juez que elegirá, y para las provincias en el corregidor, alcalde mayor, ó sugeto que presida el ayuntamiento y junta particular de teatros, cuyos jueces subdelegados conocerán en primera instancia de dichos asuntos contenciosos, concediendo las apelaciones al gobernador del consejo, quien pedirá los autos ó diligencias cuando lo estime conveniente para cortar ó decidir, ya sea gubernativamente ó con dictámen de asesor, segun lo exigiere el caso.

El arreglo, direccion y reforma de dichos teatros estará á cargo de la junta general de Madrid, la que cometerá su ejecucion á la junta particular de cada ciudad ó villa en que haya teatro cómico establecido.

La censura de las piezas que hayan de representarse acerca de la propiedad é impropiedad de cada una, y supuesta la aprobacion del vicario eclesiástico, corresponderá al censor subdelegado, así como la aplicacion ó repartimiento de papeles á cada parte ó actor, segun su carácter y las reglas y correcciones ó reformas que estime convenientes en cuanto á la regularidad, decoro y buen gusto de la escena, como puntos facultativos que requieren particulares conocimientos. Lo gubernativo y económico de dichos teatros estará á cargo de toda la junta.

Las ciudades ó villas que actualmente estan en posesion ó costumbre de abrir anualmente sus teatros, podrán continuar en ella sin necesidad de nuevo permiso; pero las que no se hallen en este caso, y deseen abrir ó establecer teatro nacional, deberán acudir sus respectivos ayuntamientos por el conducto del gobernador del consejo á solicitar la real licencia.

Determinada la abertura del teatro, corresponderá á la junta particular la ejecucion de las disposiciones conducentes, como admision de empresario, arreglo y formalidad de contratos, exámen de idoneidad de las partes propuestas por el empresario ó cabeza de la compañía cómica para su formacion y aprobacion de la junta general.

En ningun teatro de España se podrán representar, cantar ni bailar piezas que no sean en idioma castellano, y actuadas

por actores y actrices nacionales, ó naturalizados en estos reinos, así como está mandado para los de Madrid en real orden de 28 de diciembre de 1799.

Se prohiben desde ahora las compañías cómicas llamadas de la legua, cuya vagancia es comunmente perjudicial á las buenas costumbres, y su conjunto compuesto de personas corrompidas, llenas de miseria y de vicios, en descrédito de la profesion cómica.

No se comprenden ni consideran en esta clase las compañías que, formadas y aprobadas por la junta general, estan destinadas al teatro de alguna ciudad ó villa cuya poblacion no basta á sostenerle por todo el año, y se ven precisadas á trabajar parte de él en algun otro teatro de la misma provincia ó su inmediata, con conocimiento de dicha junta general y los pasaportes correspondientes.

Para la formacion de compañías cómicas solo se admitirán de nuevo jóvenes de alguna educacion, que sepan á lo menos leer y escribir, que tengan una regular conducta, y disposicion para la profesion cómica.

Así como los censores subdelegados deberán celar y corregir en los teatros y compañías todas las imperfecciones del arte, las juntas particulares celarán cuidadosamente que se guarde en aquellos toda decencia, compostura y decoro, corrigiendo ó castigando el presidente á cualquiera actor ó actriz que falte á dicho decoro.

Las juntas celarán que la distribucion de palcos y toda especie de asientos se haga sin parcialidad, de modo que el público pueda disfrutarlos alternativa y proporcionalmente. Regularán sus precios y el de las entradas equitativamente, y de modo que los actores cubran sus gastos y aseguren una moderada subsistencia, oyendo en el asunto al empresario ó cabeza de compañía: si esta se formare por empresario ó asenista, cuidarán las juntas de que afiance competentemente el cumplimiento de la contrata que hiciere con cada una de las partes, á fin de que estas no se hallen después burladas sobre el pago de su trabajo, como suele acontecer, ó por pérdidas en la empresa, ó por mala conducta, ó por mala fe del empresario.

Si no hubiere empresario ó asenista para el teatro, y se presentasen compañías que de cuenta y riesgo de todas sus partes pretendan trabajar por el repartimiento proporcional de los productos que diere el teatro, se les permitirá que formen por sí sus convenciones ó contratos, afianzando solamente á satisfaccion de las juntas el arrendamiento que contrataren por el edificio ó casa de teatros.

El censor tendrá por su comision entrada y asiento libre en la luneta, y los demás vocales de la junta en el palco de ayuntamiento, no debiendo permitirse escepcion alguna de los pagos establecidos á ninguna otra persona. En las ciudades donde reside el capitán ó comandante general de la provincia, tendrá por consideracion á su dignidad el palco que eligiere.

Con arreglo al plan general de reforma, y para promover la aplicacion, y proporcionar la recompensa á los autores que escriban con acierto piezas de comedias ó tragedias que, precedida la aprobacion correspondiente, merezcan representarse en el teatro, se descontará en todos los del reino á beneficio del autor el tres por ciento del producto que rindiese toda pieza nueva en cuantas veces se representare por término de diez años; y el presidente de la junta particular retendrá dicho importe, avisando á la junta general para que esta disponga su entrega al autor de la pieza. Para que las juntas particulares tengan noticia de las piezas nuevas que después de la aprobacion del plan general de reforma son acreedoras á dicha recompensa, se las dirigirá por la secretaria de la junta general una noticia individual de sus títulos y autores.

Estando concedido á la junta general de reforma de teatros el privilegio esclusivo de la impresion de las piezas de que se compone la coleccion intitulada *Teatro nuevo Español*, las juntas particulares celarán el que por ninguna otra persona ni cuerpo se impriman ni reimprimen dichas piezas, juntas ni separadas, avisando á la junta general cualquiera contravencion que averigüen.

El presidente de cada junta particular avisará cada dos meses al de la junta general el estado y progresos del teatro que estuviere á su cuidado, las piezas que se hubieren actuado en él, desempeño de los actores, y si alguno se distingue y sobresale en habilidad y buena disposicion en lo relativo á su profesion, para que la junta general proporcione á los beneméritos y aplicados su adelantamiento y alivios. Madrid 15 de marzo de 1804.

VISITA DEL DOCTOR KRAFT,

AL REY DE OUSAMBARA, EN LA ÁFRICA AUSTRALIA EN 1848.

(Conclusion.)

La espesura de la selva en que por lo comun habita el rinoceronte, esplica el grave peligro á que se espone el viajero, atendido á que no hay otro camino mas que por el que transita el animal, y si es perseguido por él no tiene ningun refugio. Así lo experimentamos el día siguiente. Después de mil vueltas y revueltas, en medio de pinchos agudos que nos arrancaban gritos de dolor, se hizo oír de repente una exclamacion de espanto. Los criados que formaban la vanguardia de nuestra pequeña caravana se replegaron precipitadamente á nuestro lado, después de haber echado la carga al suelo. Los unos trataban de subir á los árboles, los otros corrían de aquí para allí, buscando vanamente entrada en la maleza.

Pasó un momento antes que yo pudiera adivinar la causa; por último me dijeron que nuestros hombres habian visto un gran rinoceronte inmóvil ante ellos, á un lado del sendero. No habia mas que una senda para el camino. En tanto que prestamos oído atento al mas ligero ruido, Banakheri tira un tiro al acaso; su caballo, asustado tal vez de que su dueño se hubiera apeado para salvarse ó por el ruido del tiro, tomó carrera y no le volvimos á encontrar: tampoco volvimos á ver al rinoceronte.

Fuera del arenal, llegamos á terreno lleno de yerba, donde vimos una pequeña tropa de siete ú ocho girafas á distancia de cuatrocientos pasos. Al acercarnos se alejaron pesada-

mente. Los sonahelis llaman á la girafa *tia ó tiga*. Al fin de este día me sentí muy cansado.

Un poco antes de llegar á nuestro campamento paramos cerca de un terreno muy ferruginoso. La Providencia ha colocado allí este precioso metal, que será de gran auxilio cuando las primeras luces de la civilización cristiana penetren en aquellos desiertos y en las comarcas que los rodean.

Después de haber marchado muchos días á la ventura, la caravana llegó á la aldea de Gondja, situada cerca del río Oumba. El jefe de ella, Mona-Moniri, convino con el doctor por ocho varas de americano (especie de algodón) en llevarle hasta Nouquiri, aldea principal donde reside la hija del rey Kmesi.

Julio 21.—Antes de nuestra salida de Gondja nos preguntó muy seriamente uno de los habitantes si éramos caníbales.

En el camino se nos acercó un enninka, que me hizo muchas preguntas sobre mis intenciones y respecto á la esclavitud. Supo con placer que los cristianos no hacían esclavos, y volviéndose hacia los sonahelis que me acompañaban, les dijo: «Por qué haceis vosotros esclavos? Nos ofreció una buena porción de *cassada*, una especie de papilla, que comimos mientras caía una abundante lluvia.

En la aldea de Joumoni entramos ya en el territorio de Kmesi. Allí hay cada semana un gran *djeté* ó mercado. Después de haber pasado por algunos pueblos otrachinski, llegamos á las puertas de Nongiri, donde reside la hija de Kmesi. Nos señalaron una casa en la vecindad de la princesa, que nos hizo traer provisiones de agua, combustible y alimento. La princesa se presentó bastante tarde por la noche; vino á saludarnos en nuestra habitación, acompañada de su marido Bana Emsangasi. Parece que no se distingue más que por algunos adornos de poco valor. Trabaja como las demás mugeres y prepara por sí misma la comida de su familia, aunque rodeada de una multitud de esclavas. Aunque tiene marido y un mayordomo nombrado por su padre, gobierna á sus súbditos con más astucia que crueldad, distinguiéndose en esto de los demás hijos de Kmesi.

Julio 26.—Hoy he entregado mis presentes (que pueden representar el valor de dos dollars) á la princesa real y su marido. Los dos han guardado el regalo con mucho cuidado debajo de sus vestidos, mirando á todos lados á ver si había alguno que pudiera decirlo al rey, el que les cortaría la cabeza, en atención á que los presentes pertenecen al rey. Antes de retirarse con su tesoro, que guardaban como ladrones, me han hecho grandes demostraciones de amistad, y más tarde me han enviado una oveja. El mayordomo también vino á nuestra habitación medio oculto á traernos su pequeño presente. Le dimos una pieza de americano.

Julio 28.—Esta mañana me he informado de diferentes cosas. He sabido que el que cultiva arroz ó maíz, tiene que depositar en el granero real diez *pechis* ó medidas, lo que llega á formar una suma considerable. Los granos del almacén real se venden ó emplean en sostener el ejército. El que mata un elefante, guarda un diente para sí, y lo demás lo lleva al rey. Los que tienen ganado pagan también una contribución anual. Los criminales son vendidos como esclavos con sus mugeres é hijos. Los criminales muy perversos han sido siempre precipitados en un abismo; pero se dice que Kmesi recurre rara vez á este suplicio. Por lo regular venden los criminales á los musulmanes de la costa y confíanlos lo que poseen.

Habiéndome traído un mensaje á toda prisa diciéndome que me presentara al rey, he salido de Nonquiri á las diez de la mañana, acompañado del marido de la princesa real. El rey lo había mandado así.

Julio 30.—En las montañas hay abundancia de cañas de azúcar y excelentes bananas; también hay maíz en abundancia, así como hermosos árboles en las selvas. Hemos pasado el río Eugambo ó Sidji, que tiene de 40 á 50 piés de ancho.

En tanto que descansábamos en el valle al pié del Mahoneri, cuya altura es lo menos de 3,000 piés, Bana Khesime ha contado sus viajes á Africa. Me ha asegurado haber visto en el país de los Onseri (tribu de Djagga) un pequeño pueblo llamado *Onabilikimo*, cuyos individuos no tienen más de tres á cuatro piés de alto. Llevan largos cabellos estendidos sobre la espalda. Vinieron del Nordeste al Ouseri á vender hierro en cambio de bisutería de vidrio. Esto conviene perfectamente con lo que se dice en el Cho de los pigmeos de Doko.

Cuanto más subíamos á la montaña de Makoneri más se enfriaba el aire. Los arroyillos saliendo de las rocas y serpenteando en los frescos valles, las aldeas esparcidas en las pendientes de las colinas, la vista de gran número de tierras sembradas de arroz y maíz, las numerosas cascadas, el ruido de las aguas del Eugambo que resonaban á lo lejos, las montañas que por todas partes se elevaban hasta el cielo; todo esto me había producido un verdadero éxtasis; pero no veía ni iglesias, ni escuelas, ni oía cánticos en alabanza del Todopoderoso.

Agosto 3.—Después de mediodía hemos empezado á subir una montaña muy alta, lo que me ha fatigado mucho, y he tenido que echarme en el suelo varias veces para descansar. Hemos llegado por fin á la cima, donde hay varias aldeas gobernadas por un hijo de Kmeri. Hemos entrado en la de Tamotta, donde habló nuestro guía con el jefe para que nos admitiera inmediatamente, á causa de nuestro extraordinario cansancio.

El jefe le contestó que podíamos entrar en la casa que queríamos, porque todas nos pertenecían. Los tonahelis no se lo hicieron repetir dos veces; tomaron posesión de la que les pareció más grande y mejor provista, y como no estaba allí el dueño echaron la puerta abajo. Cuando llegó se sentó humildemente á nuestro lado, y después, tomando algunos utensilios de cocina y la piel que le servía de lecho, se marchó á casa de un vecino, dejándonos disponer libremente de todo. Yo le di un pequeño regalo por vía de indemnización para demostrarle que los hombres blancos no ocasionan perjuicios á los demás como hacen los sonahelis, sin ofrecerles á lo menos una remuneración. Si nos hubiera rehusado su casa hubiera sido severamente castigado por Kmesi.

Agosto 6.—Llegamos después de mediodía al pié de la altura en que está situado Jouga, la primera capital; la montaña y la ciudad tiene el mismo nombre. La ciudad se compone de gran número de cabañas, cuya entrada está cerrada para los extranjeros; hasta los mismos mahometanos están comprendidos en la prohibición. El soldado del yerno del rey apenas nos permitía tocar el suelo con los bastones, para que el *pepo* y el *koma* de Touga, es decir, los espíritus no fueran incomodados. El rey está en Salla, la segunda capital; el virey no tardó en llegar, pero se mostró muy reservado.

Agosto 7.—El virey, acompañado de los principales consejeros de Kmeri, vino á verme por la mañana para preguntarme el objeto de mi viaje á este país, porque debía darse cuenta exacta al rey, según lo exigía, antes que yo fuera presentado á él. En su virtud se estendieron en el suelo delante de nuestra cabaña mantas de algodón. Los examinadores estaban sentados á un lado; Bana Kheri, yo y Cheikh Kmeri, el yerno del rey, al otro. Uno de los consejeros abrió la sesión preguntando á Bana Keri para que le informara respecto á mí; contestó que era un hombre de libros, que no hacía comer-

una numerosa escolta que le llevaba en medio. Al entrar me echó una mirada investigadora. Yo le saludé con estas palabras: *sabaheri, Limba ona monéné, sabaheri tzombé*, es decir: buenos días criti, que eres el león; buenos días reyé, (á los gobernadores se les llama leoncitos). El rey sin responder una palabra fué á sentarse sobre una especie de taburete que á toda prisa se había cubierto con una manta de algodón. Todos los que le acompañaban guardaban un profundo silencio. Llevaba un vestido de seda de color, con un sombrero sonaheli, y en la mano un gran bastón con puño de plata. Es un hombre de gran corpulencia y de fisonomía simpática, verdadero tipo de personaje real, al que conviene el título de león; puede tener de cincuenta y cinco á sesenta años. El heraldo del estado se sentó en medio de la sala, y pronunció ó más bien cantó las palabras: *Enlimba! Enlimba! ¡Oh león! ¡Oh león!* Después su yerno le refirió las circunstancias de mi llegada á Nonquiri, le dijo que me había examinado con cuidado, y que era un hombre de libros que quería enseñar á los ousambaras, que era preciso abstenerse del fraude, de la mentira, de la embriaguez y de la violencia. Kmeri tenía su mirada constantemente fija en mí mientras hacían esta relación; cuando acabaron todos, dijo á sus consejeros que era una cosa natural abstenerse de todo esto, y después añadió: «El europeo es mi extranjero, nadie le hará daño! En virtud de esto todos exclamaron en gritos de alegría, y el heraldo repitió: *En Limba! En Monéné!* O león! ó tú, que eres tú! Después de esta conversación en la que me esforcé para darle una idea exacta de lo que contenía el libro, quiso ver los presentes que le llevaba. Entre otros llamó su atención un bonito estuche que tuvo mucho tiempo en la mano. Después mandó que los envolvieran, se levantó y salió.

Los esclavos y cortesanos conocían entonces las disposiciones de su señor respecto á mí, é hicieron grandes demostraciones de alegría. Trajeron un buey de gran talla delante de mi habitación; nos dijeron que era un presente del rey, y que era preciso matarle sobre la marcha, lo que hicieron los sonahelis.

El rey envió en seguida á un musulmán para examinar mi libro, en atención á que no había comprendido nada de él. Hubiera preferido conversar con él á solas; pero todos estos soberanos de Africa son muy reservados con los extranjeros, hasta que los conocen bien. El examinador escuchó tranquilamente mis explicaciones, y acabó por quedar convencido de que ningún motivo interesado había podido llevarnos á este país. Pero empecé á hablarle de justicia, de templanza y de juicio futuro; me interrumpió:

—Es preciso, me dijo, que yo dé cuenta al rey de vuestros sentimientos.

Agosto 10.—He sido llamado por el rey para darle mis presentes. He sido conducido por dos calles de árboles pequeños, de tronco recto, plantados con este objeto; después he llegado á una cabaña que no es ni muy alta ni muy ancha. Habiendo abierto la puerta me encontré en un pequeño recinto, desde donde pasé á la sala de las audiencias reales. El rey estaba echado sobre una especie de diván colocado cerca de la pared; le rodeaban los consejeros; delante de este diván se alimentaba el fuego. Me hicieron sentar en una silla en frente del rey, y á una distancia de unos doce pasos.

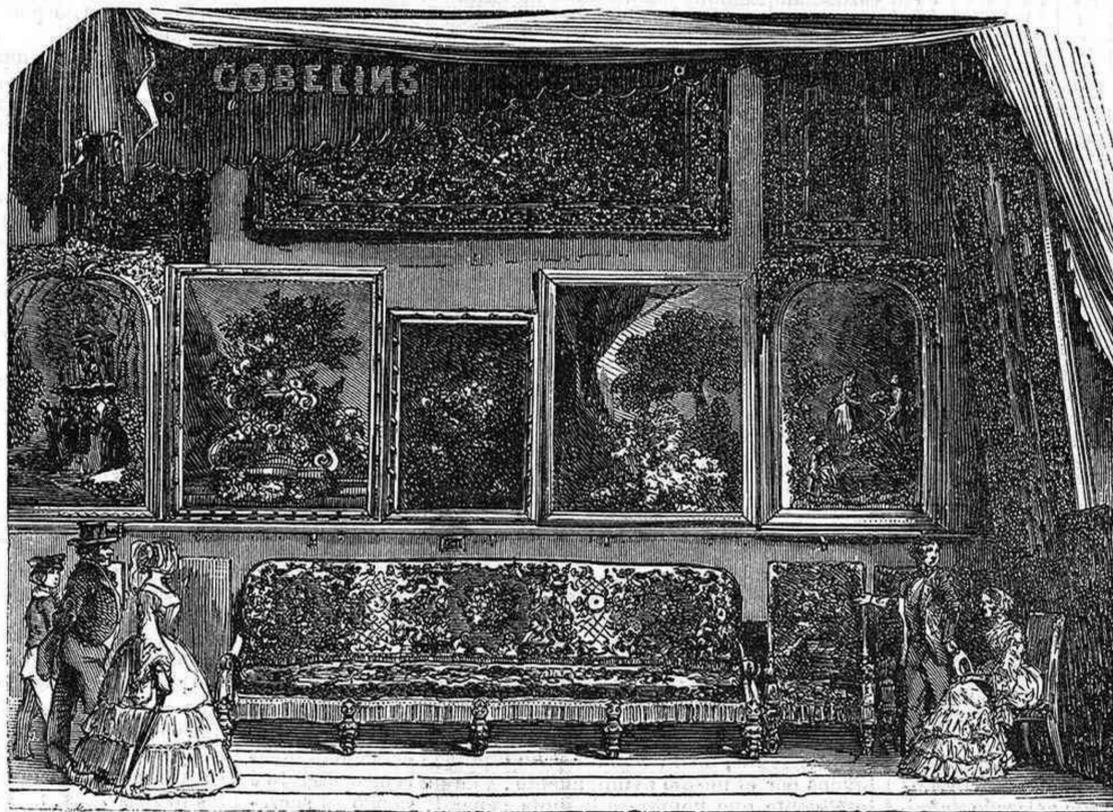
Después de algunas señales preliminares del primer ministro me hicieron abrir la caja de los regalos. El rey los examinó detenidamente, y los hizo llevar á su habitación. Nos dirigió algunas palabras insignificantes, después de lo que nos dió orden para volvernos á nuestra habitación. No se hubiese disgustado porque le hubiera llevado mayor cantidad de bisutería y paños y papel para sus despachos. No sabe escribir; pero siempre tiene á su lado sonahelis que escriben sus cartas; tiene también dos hijos que se han hecho mahometanos en Zanzibar y que han aprendido á leer y escribir. El rey no ha opuesto ninguna dificultad en que renuncié las costumbres paganas.

Lo que alcancé al cabo en esta conversación fué el permiso de residir en el país y enseñar al pueblo. Cuando le pedí este permiso, me contestó: «No tengo dificultad en concederle, y deseo además saber qué es lo que puedo daros en cambio de los presentes.» Le dije que daba mayor precio al permiso que me concedía, que á ninguno de los presentes que pudiese hacerme.

El musulmán vino en aquel mismo día para preguntarme de parte del rey si aceptaría marfil, esclavos y bestias. «De ninguna manera, contesté; no puedo aceptar esclavos, en atención á que la esclavitud es contraria á la ley de Dios. El marfil y las bestias no las necesito, porque no he venido á Ousambara para adquirir bienes terrenales.»

El rey ha dicho que á lo menos recibiera cinco cabras para comer en el camino. Acepté esta última oferta y le di las gracias.

Agosto 13.—Antes de marchar me despedí del rey, que me preguntó si volvería pronto. Me ha encargado también que le envíe á Zanzibar platos de cobre, una caldera grande, una capa encarnada y pólvora de caza, y le prometí enviarlo. Ha mandado que me acompañen dos soldados por el camino. Las últimas palabras del rey han sido: *Kona héri, baba*. Adiós, padre.



Gran fábrica de tapices.

cio, que no era un *ganga*, hechicero ni médico; que iba á Ousambara para comunicar la palabra de Dios, que era que el pueblo no debía mentir ni engañar, ni hacer daño á nadie. Cuando hubo acabado su discurso, tomé yo la palabra, y espuse brevemente el contenido del libro que tenía en la mano. Los consejeros dijeron entonces que el fin era bueno, y que deseaban ver los presentes que traía al rey. Después de haberlos visto, dijeron que el rey los aceptaría con sumo placer. Pidieron para sí un presente de bisutería que valdría la cuarta parte de un dollar. Finalmente, me preguntaron de una manera muy obligatoria, si no sabía de alguna medicina que pudiera destruir á los onasegona que estaban en guerra con ellos. Les dije que no tenía ninguna, pero que si los onasegona y los ousambara quisieran escuchar la lectura de mi libro, no se harían la guerra. Entonces se retiraron el virey y los consejeros, y bien pronto me enviaron un carnero. Di al virey un poco de paño de color, que le agradó muchísimo.

Agosto 9.—Salla, segunda residencia del rey, es también llamada Mtoni, del río Mto, que pasa cerca del palacio. Llegamos á esta ciudad después de muchas horas de camino por una especie de carretera que ha hecho abrir el rey al pié de una cadena de montañas. Algunos tiros de fusil disparados por orden de Cheshk Kmeri anunciaron á S. M. nuestra llegada, y fuimos conducidos á la pieza de recepción, que se encuentra á la entrada de una gran casa construida para albergar los extranjeros. Bien pronto nos vimos rodeados de esclavos y cortesanos del rey, que se manifestaron muy reservados y frios, y se retiraron bien pronto. Estábamos esperando las órdenes del rey hacía más de una hora, en cuyo tiempo Banakheri estuvo sentado en el suelo con síntomas de temer que no esperaba de él, cuando de repente se anuncia la llegada de *Limba ona monéné* (así es como llaman á Kmeri) «lo que significa el león» ó más bien, «el león de lo que existe por el mismo», es decir, «de Dios.» Un momento después entró el rey en la pieza de recepción, acompañado de

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.